

Pl. 8



1. GUERRERO MARCOMAN. 2. GUERRERO SUEVO.

# LICEO VALENCIANO.

PERIÓDICO MENSUAL

## De Ciencias, Literatura y Artes.

SERIE TERCERA.

### CATEDRA DE HISTORIA UNIVERSAL.

Estracto de la tercera lección pronunciada por el Profesor  
DON PEDRO SABATER.

Y vino el diluvio sobre la tierra cuarenta días: y multiplicáronse las aguas, y alzaron el Arca en alto sobre la tierra.

Porque crecieron escesivamente: y lo cubrieron todo sobre la superficie de la tierra: y el Arca era llevada sobre las aguas.

Y las aguas prevalecieron mucho sobre la tierra: y fueron cubiertos todos los montes altos debajo de todo el Cielo.

Quince codos mas alta estuvo el agua sobre los montes que había cubierto.

Y pereció toda carne que se movía sobre la tierra, de aves, de animales, de bestias, y de todos reptiles que van arrastrando sobre la tierra: todos los hombres

Murieron, y todo lo que tiene aliento de vida sobre la tierra.

Y borró toda la substancia que había sobre la tierra, desde el hombre hasta la bestia, tanto los reptiles como las aves del Cielo: y fueron borrados de la tierra: solamente quedó Noé, y los que con él estaban en el Arca.

Y cubrieron las aguas á la tierra ciento y cincuenta días.



ESTE es, señores, el terrible cuadro con que los libros santos nos revelan el fin aciago de los primeros hombres. Sembrado el mundo de vicios e iniquidades, y enojado el Señor contra la raza humana, propónese limpiar la tierra de la corrupción que en ella dominaba, y mas grande que el fabuloso Hércules que hizo torcer su curso á un solo río para lavar las cuadras de un monarca, manda que se abran los cielos derramando las

TOMO 2.<sup>o</sup>

NUM. 5.<sup>o</sup> — MAYO 1842.

aguas á torrentes, y sepulta á la humanidad entre los pliegues de un huracan.

Este acontecimiento, que nos anuncia con sus efectos la terrible posibilidad de que un dia se repita; esas olas, señores, cuyos bramidos incesantes son la verdadera trompeta que desde el principio de los siglos nos profetiza su consumacion, han sido el objeto del análisis mas profundo de la filosofía que, deseando ser eterna como Dios, rehusa concederle al mar el espantoso derecho de inundarlo todo, y niega, para borrar los precedentes, el hecho histórico del diluvio.

Aunque agenas, hasta cierto punto, de nuestra cátedra las opiniones de los naturalistas y filósofos sobre esa inundacion universal que nos presenta la historia como primer castigo lanzado por el Omnipotente contra la raza humana, no podemos menos de manifestarlas con rapidez, para que haga cada cual las reflexiones que le sugiera su entendimiento.

Tres son los dictámenes principales de los naturalistas y filósofos sobre el diluvio. El de aquellos que, respetando la narracion de los sagrados libros, le dan entero crédito; el de aquellos que niegan absolutamente su existencia, y el de aquellos, en fin, que la conceden pero que suponen que la inundacion narrada por la Biblia no es la primera sino la quinta de las acontecidas en el mundo.

Nada nos detendremos en examinar la primera de estas opiniones, porque basada en la relacion de los sagrados libros la respetamos como á todo lo que en ellos se contiene, y es para nosotros la única admisible y verdadera. Fúndase la segunda que consiste, como hemos dicho, en negar absolutamente la universalidad de la inundacion en que se hallan entre las naciones algunas de antiquísima existencia, y en cuyos anales no se conserva noticia alguna de tan terrible acontecimiento. Sirve de argumento capital, á los que opinan de esta manera, la remotísima antigüedad que le suponen á la China, y la tradicion que se ha conservado en algunos pueblos de un diluvio bastante general, pero cuyas aguas no llegaron hasta ellos. Contra estos argumentos, de grande fuerza á primera vista, levántanse otros de mayor valía que los destruyen y pulverizan. La antigüedad de la China, por ejemplo, es combatida y rechazada como fabulosa; y negado este precedente quedase sin cimiento el decantado dictámen de los que en ella se apoyan. ¿Es imposible, por otra parte, que hayan existido inundaciones parciales posteriores al diluvio, y que sean estas inunda-

ciones la que nos ha conservado la tradicion de los pueblos?.... Possible y muy posible es, señores, que haya acontecido de esta manera, y flaca y de ningun valer es en consecuencia de esta posibilidad la opinion á que nos referimos. Mas robusta se presenta, y de mas difícil refutacion, es el dictámen de los que, atribuyéndole al mundo mayor antigüedad de la que se cree comunmente, suponen que no fue el diluvio la primera de las inundaciones. Osténtanse como primeros atletas de este dictámen algunos célebres naturalistas, y forzoso es confesar que sus multiplicadas y esquisitas investigaciones sorprenden á primera vista, y que no sin grandísimo trabajo se logra desvirtuarlas.

Nosotros hemos visto y examinado, nos dicen estos sabios, multitud de piedras marinas y huesos de animales acuáticos en lugares donde ahora no existe mar, y tanto esto como la antigüedad que manifiestan estas piedras y estos huesos, son un argumento incontestable de la remotísima ancianidad del universo, anterior sin disputa alguna á la que nos refiere Moisés. Nosotros hemos visto y examinado continúan multitud de troncos de árboles encontrados en países frios donde ahora no podrían aclimatarse, y esto y la antigüedad que manifiestan, nos prueban que el eje del mundo se ha trocado, y que lo que ahora es el norte fue en otro tiempo la zona tórrida ó el mediodía. Nosotros hemos visto por último, nos dicen, todo esto, y le hemos sorprendido á la tierra las señales indestructibles de varias inundaciones anteriores al diluvio.

Robustas, como hemos dicho, y de difícil contestacion aparecen estas razones, pero los adelantos que se han verificado en las ciencias naturales, la posibilidad de que en virtud de ciertas circunstancias presenten un carácter de grande antigüedad ciertas materias que no la tengan, y las revoluciones que ignoramos, pero que pudo ocasionar un acontecimiento tan terrible como el diluvio, dejan fuera de duda su certeza, y enervan casi de todo punto sus objeciones, como igualmente la supuesta vejez del universo.

Dada esta sencilla esplicacion, y tomando las reflexiones que acabo de hacer, como salidas de la boca de quien no conoce bastante las ciencias naturales para poder combatir con alguna ventaja con los ilustres sabios que á ellas se han dedicado, entremos de lleno en el objeto de nuestras lecciones, que es la historia; y bajando del arca santa que salvó á Noé y á su familia de la tormenta de los cuarenta dias, y nos conservó la

semilla de la generacion antidiluviana, veamos cómo se dió comienzo á la repoblacion del mundo y á la formacion de las sociedades.

Los hijos de Noé, viendo que eran hermosas las mugeres, las tomaron por esposas y fueron acrecentando el género humano. Pasado algun tiempo, y deseosos los hombres de escalar el cielo, propusieronse levantar una torre que llegase hasta el olimpo. Indignado el Señor por tal audacia, mandó que se confundiese su lenguage, y multiplicado este, que habia sido hasta entonces uno solo, obligó á la raza humana á dispersarse, y de esta dispersion provinieron los imperios.

No se crea, señores, sin embargo que es esta la sola pintura que nos ha conservado la historia de la formacion de las sociedades. Sin entrar nosotros por ahora en el exámen de las diferentes opiniones que existen sobre la formacion de estas, y reservándonos hablar para cuando tratemos del origen de los gobiernos sobre los sistemas de Hobbes y de Loke, nos limitaremos á citar lo que nos han legado los historiadores.

Dos son los elementos que han concurrido á la formacion de los pueblos segun el dictámen de los filósofos profanos y la autoridad de la historia: la inteligencia representada por los dioses y semidioses, ó la fuerza representada por los *conquistadores*.

Abramos, en comprobacion de nuestro aserto, las páginas de lo pasado, y en ellas veremos á la escuela fabulosa confirmar esta verdad. Preséntase á nuestra vista, como primero de los imperios de la tierra, el imperio de los asirios, y ¿cuáles fueron, segun los escritores idólatras, los principios de este imperio? Los asirios, nos dicen estos, eran unos salvajes indómitos, y no formaron cuerpo de nacion hasta que habiendo salido de la mar Oames, monstruo medio hombre y medio pez, logró civilizarles. ¿Quiénes fueron los primeros monarcas del Egipto segun los mismos escritores? Vulcano y el Sol, Saturno y los demás dioses. ¿Quién dió comienzo á la civilizacion de los griegos? Teseo, hijo de Etra y de Neptuno. ¿Cómo se verificó la fundacion de Roma? Por la union carnal de Lavinia con el dios Marte, segun unos, y por la fantástica cópula de una doncella con una aparicion celeste, segun otros. Oigamos, señores, la narracion de los historiadores sobre este punto.

Tarchesio, rey de los albanos, el mas injusto y el mas cruel de los hombres, habiendo tenido una noche una aparicion divina, mandó á Toscana para que consultaran al oráculo de

Thetis, y este le prescribió en su contestación que le entregara al fantasma una de sus doncellas, y que nacería de aquella unión un hijo célebre, que con su valor y su ventura se haría superior a todos los de su estado. Enterado Tarchesio de esta respuesta, comunicóselas a su hija que rehusó cumplirla, y envió en lugar suyo a una de sus camareras para que sirviera de pasto a los sentidos de la celestial visión: pasados algunos meses quedó en cinta esta camarera, y nacieron de ella dos gemelos. Uno de ellos fue, señores, aquel famoso Rómulo que fundó la ciudad eterna amasando parte de sus murallas con la sangre de su hermano. Tal es el cuadro que nos presenta la idolatría de la fundación de los imperios.

Forzoso es confesar que es mucho mas grande y mas sublime el que nos presenta la Biblia. Niégale el primero a la raza humana su carácter eminentemente social, y atribuye a los dioses la formación de las sociedades; concédele el segundo por el contrario el don de la sociabilidad, y hace que esta se desarrolle a medida que se desarrolla aquella. Veamos si no lo que nos dicen los libros santos después de haber narrado la confusión de Babel. Dispersados los hombres, segun ellos, en virtud de aquel acontecimiento, dieron los hijos de Jafet origen al imperio de los masaguetas, griegos y macedonios; los hijos de Gomer a la Alemania, la Turquía y la Bitinia, y así sucesivamente.

El hombre, señores, segun la Biblia, y segun las leyes de su naturaleza, no necesita de auxilios superiores para crear la sociedad. Los filósofos que suponen a la raza humana salida del estado salvaje desconocen la verdadera tendencia de todos los seres vivientes, y agravian a los que le han debido al cielo una razon tan clara y una inteligencia tan peregrina como la que adorna a los hombres. ¿Ni como negar a la raza privilegiada, a aquella raza que proclaman los libros santos dominadora del universo, como negarle lo que se ha concedido a las otras? Los peces de la mar, las aves de los cielos, las fieras de la tierra, todos los seres vivientes, todos con raras excepciones tienen en sus entrañas ese instinto social que les arrastra hacia los individuos de su misma especie, y que forma entre ellos unas a manera de tribus federativas que rara vez o nunca se disuelven. Con efecto, señores, la sociedad no es otra cosa que aquella unión con que se presentan a nuestra vista los seres de una misma casta, y la fraternal armonía con que a consecuencia de esta unión procuran arreglar sus intereses. El estado salvaje

por el contrario; el verdadero estado salvaje, es el aislamiento absoluto del individuo, la lucha continua de unas mismas razas entre sí por falta de conocimientos anteriores de sus propias fuerzas, ó por completa ceguera de la razon. Si los seres irracionales no llegan á formar nunca una verdadera sociedad, si aun entre los racionales hay algunos pueblos que pueden ser llamados salvajes, no es porque les falte ese instinto social de que hemos hablado, sino porque su particular organizacion les constituye en un estado de estupidez de que absolutamente no pueden salir.

Así es en verdad. Aristóteles ha dicho que todos los seres del universo forman una especie de cadena, en la que se va ascendiendo y descendiendo por grados. El último ente racional, segun el sistema del maestro de Alejandro, está solo un grado distante del primero de los irracionales. Sin que nosotros demos entero crédito á la doctrina del rey de los filósofos, no podemos menos de confesar que es hasta cierto punto verdadera, y que dividido el género humano en razas diferentes, encuéntranse entre estas algunas completamente estúpidas y condenadas á no salir jamás de la infancia mental en que nacieron.

No son necesarios muchos esfuerzos para probar hasta la evidencia esa division de la humanidad en razas mas ó menos privilegiadas, porque ella resalta indisputable á la vista del que haya recorrido la historia. Sabido es de todos que los mismos libros santos, cuya verdad es incontestable, nos hablan de una raza gigante, que si no era tan colosal como la que se forma generalmente el vulgo en su idea, sobrepujaba sin disputa á la raza mas comun, que es á la que nosotros pertenecemos. Tampoco se puede negar de modo alguno la existencia de la raza pigmea, porque ella es un hecho histórico autorizado por mas de cien escritores que nos merecen mucho crédito. Ctesias, señores, que es uno de los historiadores mas antiguos de la Grecia, nos ha conservado en sus obras una pintura de esa raza, y la circunstancia de haberla examinado, segun nos asegura con sus propios ojos, nos obliga á repetirla aquí para conocimiento de los que me escuchan. »Existen en medio de la India, dice este escritor, algunos hombres de color negro y de estatura diminuta, conocidos con el nombre de pigmeos, que entienden y hablan la lengua del pais. De dos codos los mas altos de ellos, y de codo y medio la generalidad; tienen una cabellera que les desciende hasta la rodilla, y una barba mucho mas larga que

la de los demás hombres. Esta raza no usa de ninguna vestidura sino hasta la época en que ha tomado todo su incremento su cabello, en cuya época se lo ciñen á las caderas cubriendose con él. Todas las demás partes de su cuerpo son bastante regulares, exceptuando el peñes que es muy gordo y les desciende hasta los tobillos."

Otras razas existen que ó bien por su color ó bien por su deformidad se parecen á una degradación de la especie humana, ó á un esfuerzo de las razas irracionales para acercarse á la racional. Cuéntanse entre la casta deforme aquellos individuos de quienes el mismo Ctesias nos dice que existían en las montañas indias, y que solo se diferenciaban de los demás hombres en que tenían caras de perros, y uñas y dientes extraordinariamente grandes. Nada diremos de las razas de color, porque ellas son de todos conocidas, y sería intempestiva su pintura.

Asentada, pues, la diferencia de razas, reconocida como exacta en muchas de sus partes la doctrina de Aristóteles, que establece una cadena de seres que va ascendiendo y descendiendo por eslabones, no se estrañe ya que ciertos pueblos hayan permanecido salvajes desde el principio de los siglos, porque explicada queda esta parálisis social por la naturaleza misma de los individuos. No se crea, con todo, que negamos nosotros que hubo razas en los primitivos tiempos que podían ser calificadas con el nombre de salvajes, y que han debido á otras razas, ó á talentos singulares, su actual civilización. Por bárbaros eran tenidos hasta hace poco la mayor parte de los pueblos del norte, y civilizados se encuentran en la actualidad, aunque no sea tan grande su cultura que pueda competir con la de otras naciones. Empresa fue esta acometida y llevada á cabo por Pedro el grande, quien no contento, según su mismo dicho, con aprender á derrotar á Carlos de Suecia, á fuerza de ser derrotado por él, obligó á los prisioneros suecos á que contribuyeran á la civilización de sus pueblos.

Establecido ya que el hombre es un ser eminentemente social, y que no necesita por consiguiente de námenes superiores para formar las sociedades, veamos si existen algunas leyes providenciales que las dirijan constantemente, y cuyo yugo no puedan sacudir ni con la revolución de los tiempos ni por el esfuerzo de la raza humana.

Tan clara y evidente es, señores, la existencia de estas leyes, que no hay página de la historia que no nos la confirme. Le-

vántase como primera de ellas la *creacion de los gobiernos*, y es tan absoluta la necesidad de su obedecimiento, que no existe noticia de que ninguno de los numerosos pueblos de la tierra se haya evadido de ella.

No han faltado, sin embargo, filósofos y publicistas que han considerado la *creacion de los gobiernos* como producto de la voluntad del hombre, ó como resultado de sus pasiones. Partidarios y defensores de la primera opinion los ilustres sabios Loke y Rousseau han supuesto que los gobiernos fueron la consecuencia de un pacto celebrado entre los habitantes del universo, y han decorado este pacto con el título de *social*, haciendo partir desde su centro las obligaciones recíprocas de los gobernantes y los gobernados. Apóstol del segundo sistema el profundo y sombrío Hobbes, á la par que ha reconocido la existencia de dicho pacto, ha incurrido en el gravísimo error de atribuísello á la pasion mas baja de cuantas pasiones puede abrigar el corazon humano, que es el *miedo*. *Statuendum est*, dice este publicista, *originem magnarum et diutinarum societatum non à mutua hominum benevolentia sed à mutuo metu extitisse*. Antagonista el que habla, señores, de las dos opiniones anunciadas, ni cree, como el autor del Emilio, que se haya celebrado en el mundo pacto alguno tácito ó público para la *creacion de los gobiernos*, ni juzga, como el filósofo inglés, que hayan sido el *miedo* y la *cobardía* los organizadores de las sociedades. Los gobiernos, en nuestro concepto, no han sido creados sino en cumplimiento de la primera de las leyes providenciales del mundo: el hombre que, como dijimos en su lugar, lleva en su corazon la sociedad, lleva asimismo todos los elementos de gobierno; y á la manera que aquella se forma espontáneamente y por un resultado de la condicion humana, establecese este por una ley dictada por el supremo Legislador, y contra la cual ninguna fuerza alcanza la voluntad del legislado. ¿Qué otra cosa es gobierno que la *facultad de dirigir* concedida á uno ó muchos individuos, y el tributo de admiracion y de respeto que se rinde al director ó directores? El gobierno, señores, en su principio no fue otra cosa que el reconocimiento de la superioridad agena. Reunidos los hombres en tribus, y ocupados en el ejercicio de la caza, como nos cuenta la historia del Egipto, no pudieron menos de reconocer que habia uno entre ellos mas certero y mas hábil, y este reconocimiento natural y necesario hizo que le cediesen el primer puesto, y que le confiasen su dirección. Ahora bien, ¿es ó no una ley de la

naturaleza humana que no sean iguales todos los hombres? ¿es ó no una ley de la naturaleza humana que se respete y acate al que se presenta mas aventajado? Si lo son, tambien es una ley imprescindible la *creación de los gobiernos*.

Organizados estos, y acrecentado el género humano con el trascurso de los años, dividióse el universo en tantos cuerpos cuantos eran los jefes ó directores con que contaba, y hed aquí el origen de las naciones.

Dos son las principales leyes providenciales que dirigen á estos cuerpos. Sellados por la primera de ellas con un carácter igual al que distingue á los individuos que los componen, tienen, como estos últimos, su edad infante, su edad juvenil y su vejez. Recorred á vuestro placer la historia de todos los imperios y no hallareis ni uno siquiera que no haya presentado estas tres fases. Condenados por la segunda ley providencial á una guerra perdurable, hárseles visto luchar y reluchar desde su comienzo, sin que los días de paz que han disfrutado hayan sido otra cosa que una momentánea tregua para acometerse despues con mayor ímpetu.

Nosotros no sabemos, señores, si ese hecho constantemente observado; si ese derramamiento de sangre no interrumpido que nos demuestra la historia desde sus primeras páginas hasta nuestros días, no sabemos, repito, si es como supone Chateaubriand otra de las leyes establecidas por Dios para equilibrar la población; ó una consecuencia del castigo impuesto por el Omnipotente á los descendientes de Cain; pero nosotros vemos el hecho, nos estremecemos al contemplarle, y no podemos menos de esclamar con el poeta:

»*El combate es la ley de los humanos.*”

## DEL DIBUJO.

El dibujo en general es, á nuestro juicio, una de las mayores prerrogativas del hombre; ella le asemeja en cierto modo al Hacedor de todas las cosas, pues ya que verdaderamente no le sea permitido crear el dibujo le proporciona el poder de re-

## LICEO VALENCIANO.

producir la creacion á su antojo: quanto existe puede ser representado por el hombre con ayuda de los diversos métodos de dibujo; y él mismo, y los animales, los campos y sus productos, los mares y sus tormentas, los cielos y sus astros pueden ser reproducidos por el lapiz y el pincel; mas aun hasta las mismas ideas aéreas y vaporosas que pasan por la imaginacion, y que á veces solo en ella existen, pueden fijarse sobre el lienzo y el papel dando forma, y colorido, y movimiento y vida á lo que solo existe porque él quiere que exista. Fácilmente se echará de ver que al abrazar campo tan inmenso consideramos al dibujo en toda la extension de que es susceptible, le consideramos como una representacion de la naturaleza cualquiera que sea el método que para representarla se adopte.

Mas ¿cuál será la circunstancia mas interesante, cuál la condicion imprescindible de un dibujo cualquiera para que sea bueno? ¿á qué leyes deberá hallarse sujeto un dibujo de lapiz ó de tinta, perfilado ó sombreado, de claro-oscuro ó de colorido? La primera de todas las condiciones nace de su misma esencia; si el fin que el dibujo se propone es la representacion de la naturaleza, su primera circunstancia es la estricta verdad; de lo contrario no hay ilusion, no hay belleza, no hay mérito alguno; quizás pueda cautivar la atencion de muchos un dibujo que carezca de esta circunstancia; mas aun, todos los dias estamos viendo alabar dibujos imposibles, monstruos creados por imaginaciones desregladas, y ejecutados por personas faltas de los debidos conocimientos, ó que á sabiendas prescinden de la verdad en sus obras; pero los que tales trabajos alaban no son aptos para juzgarlos, carecen ellos de los necesarios conocimientos, y aplauden porque no ven los errores, porque no perciben dónde está la mentira, porque creen lo que ven conforme á la naturaleza; y como para saber si lo está se necesita de un estudio detenido y concienzudo, no es extraño que la mayor parte de los que ven carezcan de aptitud para juzgar, y que muchos artistas prescindan de lo que cuesta algún trabajo el adquirir, y pueden pocos apreciar en lo que vale.

Una vez que el dibujo tiene por objeto la representacion de todo lo que pueda tener alguna forma, fácilmente se echará de ver que la base en que deben estribar todos sus procedimientos es la *geometria* en general, esa ciencia que se ocupa de las formas y magnitudes de todos los cuerpos: ni el artesano, ni el artista, ni el delineante, ni el pintor pueden hacer progreso alguno en el dibujo sin estar suficientemente penetrados de las

verdades de la geometría, y de los diferentes y numerosos medios que presenta para reproducir la naturaleza, así como de las razones en que se funda el uso de los instrumentos que ella misma suministra para facilitar las operaciones, y para poderlas rectificar. Al leer lo que antecede no faltará quien diga que si el conocimiento de la geometría es necesario para los dibujos de arquitectos, de ingenieros y de otras varias profesiones, es de todo punto inútil para los pintores que solo tienen que representar los personajes y escenas que su imaginación crea, y de la manera que mejor les plazca; que si el compás, la regla y otros instrumentos son útiles en el dibujo de las artes mecánicas, no sucede lo mismo en el de bellas artes, en las que solo debe gobernar el genio y gusto del artista; que de sus obras deben proscribirse las medidas tomadas directamente, pues el verdadero compás debe estar en la vista del pintor para no hacer sus cuadros faltos de vida y movimiento. A la verdad, no tenía este artículo por especial objeto decir mucho sobre el dibujo de figura, sobre el dibujo de pintor, sino manifestar cuál es la clase de dibujo mas necesario en las artes industriales, mas generalmente útil en la sociedad; mas para llegar á deducirlo entraremos en algunas consideraciones generales que podrán aplicarse á las bellas artes, y que harán conocer cuán interesante es tambien en ellas el conocimiento de la geometría, y lo que se entiende por *dibujo geométrico*. Hase conocido de muy antiguo la importancia del dibujo para las artes; se ha ponderado la necesidad de su conocimiento para todos los que se dediquen á cualquiera clase de construcciones, y se han creado entre nosotros las academias de nobles artes, á las que han concurrido en crecido número, no solo los que se dedicaban á las profesiones de arquitectos, pintores y grabadores, sino tambien los que se ejercitaban en los oficios de albañiles, herreros, carpinteros, &c. equivocando á mi ver el estudio que no solo les es útil sino necesario, con el que les proporcionaban esos establecimientos, tan dignos de respeto por otros mil títulos, porque en ellos aprenderán todo lo bien que se quiera á copiar dibujos de pies, manos y cabezas, pero no adquirirán el dibujo necesario para sus tareas, que no consiste, como veremos despues, en copiar dibujos de cualesquiera objetos sino en representar con exactitud esos mismos objetos.

De dos maneras esencialmente distintas, aunque tambien convienen en muchas cosas, puede hacerse la representacion de los objetos, fin general del dibujo: si los cuerpos se represen-

tan tales como son en sí con sus verdaderas formas y magnitudes, se tiene entonces lo que se llama *dibujo geométrico* ó *proyección cilíndrica*; y si se representan como aparecen á nuestra vista mirados desde un punto cualquiera, se tiene el *dibujo de perspectiva* ó *de proyecciones cónicas*; el primero es el dibujo de las construcciones, el segundo el de las apariencias; el primero es esencialmente útil, el segundo esencialmente agradable. Con facilidad podrá cualquiera hacerse cargo de la notable diferencia de estas dos clases de dibujo á poco que reflexione sobre mil fenómenos que diariamente tiene á la vista, pues la naturaleza misma se complace en reproducirse en diversas circunstancias bajo estos dos aspectos: cuando una persona se mira en un espejo bien plano su imagen se halla allí reproducida con las mismas formas y dimensiones que tiene en el individuo, la misma magnitud de nariz, de ojos, de cabeza, de todo; aquello, pues, es lo que ya hemos llamado un dibujo geométrico; pero si esta persona se coloca bien derecha entre un lienzo de pared y una luz, el perfil de su imagen se reproducirá también en la pared, sus formas guardarán en ella la misma relación que en el individuo, pero sus magnitudes serán muy diferentes, y cuando la luz se separe de la persona su imagen menguará, cuando se acerque crecerá; cuando la persona se acerque á la pared también menguará su imagen, y crecerá cuando se separe; esta imagen será, por lo mismo, un dibujo en perspectiva; en él están representadas las formas, pero no sirve para hacernos conocer las magnitudes; y adviértese que lo mismo que decimos de una persona puede decirse de un libro, de una máquina, de un objeto cualquiera. En esta segunda clase de dibujos se ven, pues, los objetos como aparecen, como nuestra vista los percibe; porque si nosotros vemos los objetos esteriores es porque los rayos de luz que los iluminan, y que en virtud de la perfecta elasticidad de que se hallan dotados se reflectan en todos sentidos, llegan á nuestros ojos, y al entrar en ellos se cruzan y van á formar en la retina la imagen de aquél objeto, que es la que verdaderamente vemos, á manera de la imagen que se pinta en la pared por medio de la luz, y en la cámara oscura, y en el microscopio y en el daguerotipo por los rayos que atraviesan los lentes de que están compuestos; imagen que, puesta en las mismas circunstancias que el objeto que representa, produce el mismo efecto que él, la misma ilusión que él sobre la persona que la mira; pero imagen que no puede servir para hacernos conocer su magnitud,

porque las medidas que en ella se tomasen serian ilusorias, serian mas grandes ó mas pequeñas que las del objeto que representa segun se halle esta ó la persona que la mira mas cerca del punto en que se cruzan los rayos luminosos: en la primera clase de dibujo sucede todo lo contrario: como los objetos se reproducen con sus mismas magnitudes no producen el mismo efecto que las perspectivas, porque no podemos descubrir de una vez todas las partes que los componen, y se hace preciso que paseemos sucesivamente la vista de unas á otras; estos dibujos están hechos como si nosotros tuviéramos una vista tan grande como el objeto mismo que miramos para verlo todo de una vez; y como esto no se verifica, de ahí es que no producen tanto efecto, no son tan agradables como las perspectivas; pero en cambio las medidas que tomemos en ellos serán iguales á las que tomásemos en el mismo objeto, y podrán servir para reproducirle con verdad por los medios que las artes proporcionan. El segundo dibujo que hemos examinado es propiamente el de los pintores, el primero el que nosotros aconsejamos; y en vista de las consideraciones que acabamos de hacer preguntamos ¿cuál será mas útil? ¿cuál deberá generalizarse con mas esmero? Sin ir mas lejos parece se pueda responder que si lo que se quiere conseguir es dar una idea general de la forma del objeto que se reproduce; si lo que se quiere es causar un efecto agradable, engañar á la vista y prescindir de la verdad, no titubaremos en responder que el mas á propósito es el dibujo de perspectiva; pero si lo que se desea es conocer no solo las formas sino tambien las magnitudes de los objetos representados, si lo que se desea es reproducir aquellos mismos objetos, ó bien hacer por primera vez lo que tales dibujos representan, entonces el dibujo geométrico no solo es preferible al de perspectiva, sino que es tambien el único que puede servir para conseguirlo, porque las magnitudes en ellos anotadas representan lo que verdaderamente son, y no lo que aparecen: ahora bien, volvemos á preguntar, ¿cuál será mas útil para los carpinteros, cerrajeros, canteros, arquitectos y demás artesanos y artistas dedicados á las artes de construccion? el único que puede servir para construir, el único que presenta la verdad, el único en que se pueden tomar medidas, el dibujo geométrico. El dibujo geométrico es, pues, la verdadera y la única lengua de las construcciones, y una lengua que tiene sobre las otras la ventaja de que todos la entiendan de la misma manera; y de consiguiente la geometría, como base de esta clase

de dibujo, es seguramente la ciencia que mas importa generalizar para la perfeccion de las artes y de sus productos; mas no es esto solo, sino que hasta para ese mismo dibujo de apariencia, de perspectiva, el dibujo geométrico es de la mas alta importancia, como que es tambien la base de aquell, como que las perspectivas son verdaderos dibujos geométricos desfigurados con arreglo á una escala que depende de la altura y distancia del punto de donde se miren; y como habia de ser otra cosa cuando esas mismas perspectivas representan de una manera á otra los objetos de la naturaleza? De consiguiente los pintores y demás artistas deben convencerse que aun para formar un dibujo en perspectiva les es de la mayor importancia el dibujo geométrico, y que siempre debe preceder á cualquiera perspectiva, pues él es el todo, la expresion gráfica mas directa y mas general de la naturaleza; y por lo mismo esta es la clase de dibujo que mas deben estudiar, practicar y perfeccionar, ayudándose de todos los procedimientos que la análisis y la geometría proporcionan. A la verdad, es tan obvio que el estudio de la geometría y del dibujo geométrico debe preceder al dibujo propiamente de pintor, que no parece posible se quiera contradecir con seriedad, y se hace preciso achacar á otras causas (que no trataremos de indagar aquí) el que se haya abandonado muchos años hace en casi todos los establecimientos de enseñanza, y por la mayor parte de los artistas. Basta examinar lo que generalmente sucede con un principiante para conocer el vicioso método que se sigue en la enseñanza del dibujo: ante todo se le previene que no debe usar de regla, de compas, de instrumento alguno, porque el arte, se dice, rechaza estos medios mecánicos de rectificación que harian un dibujo frio y pesado; se le ponen en seguida por modelos bocas, ojos, pies, manos, figuras humanas, de adorno, ó de paisage, y se le hacen copiar una, dos, tres ó mil veces hasta que consiga hacerlas iguales á las del modelo, ó al menos al gusto del maestro; pero ciertamente no es este el modo de enseñar si se quiere que el discípulo haga progresos efectivos; y ¿cómo los ha de hacer si para enseñarle la perspectiva se le presentan por modelos dibujos en esa misma perspectiva que él no puede conocer? para ello necesitaria saber ya esa perspectiva que se le trata de enseñar, necesitaria conocer los fundamentos en que estriba para apreciar las razones que han guiado, ó debido guiar, á los profesores en las representaciones que les ofrecen por modelos. Acaso no falte quien responda que no se quiere

formar dibujantes de profesion sino solo que reproduzcan con exactitud los modelos que se les presentan; ciertamente que no debe alegarse semejante escusa cuando se trata de enseñar el dibujo; pero si así fuese, si solo se tratase alguna vez de copiar con igualdad los dibujos que tienen á la vista, ¿entonces por qué privarles de los medios conducentes para ello? ¿por qué prohibirles los procedimientos geométricos, el uso de la regla y de la escuadra para tomar medidas? no hay medio; ó se trata de enseñarles la perspectiva, en cuyo caso es indispensable principiar por la geometría y el dibujo geométrico, ó solo se quiere enseñarles á obtener copias iguales de otros dibujos, en cuyo caso deben facilitárseles todos los medios conducentes, mucho mas cuando sin ellos nunca se puede llegar á la exactitud. Aun habrá quizá quien replique que se quiere ejercitárselos en dibujar á simple vista, que se trata de que perfeccionen su mirada para no necesitar de otros medios de rectificación; pues entonces no hay que pedirles que hagan un dibujo correcto, no hay que pedirles esa exactitud que nunca ó quasi nunca alcanza el hombre por sí solo, porque nuestros sentidos nos engañan á cada paso: se le corrige á un principiante un dibujo diciéndole »esto es demasiado grande, esto está demasiado bajo, lo otro tiene mucho ancho, &c.;» pero si no se le dice y se le hace comprender *cuánto* y *cómo* lo ha de corregir, sino á tanteos y perdiendo en ellos un tiempo precioso? y no hay remedio, para poder apreciar las verdaderas magnitudes ó apariencias de todas las dimensiones de los objetos, preciso, indispensable es hacer uso de los instrumentos y de las operaciones geométricas, del compás, del nivel, de la plomada, de la regla y de la escala de reducción; preciso es principiar por el principio, la geometría y el dibujo geométrico, la representación de los objetos tales como son en sí, para que puedan representarse despues tales como aparecen en determinadas circunstancias. Agreguemos tambien que de esta manera es como se forman ideas exactas de los mismos objetos que se representan, porque entonces los tenemos que observar, y medir y comparar sus formas y magnitudes para representarlos en el papel; y no es posible adquirir ideas tan exactas cuando se copia, no el objeto, sino un dibujo en perspectiva que lo representa, y que es muy susceptible de hacernos concebir ideas falsas; en una palabra, enseñar á dibujar dibujos no es enseñar á dibujar.

Y no se nos venga con que en la pintura debe dominar el

sentimiento, la imaginacion, el genio del artista, porque aun que seria una locura desconocer la parte tan esencial que esas dotes del alma tienen en la perfeccion de las obras del pintor, así como en todos los productos del entendimiento humano, no lo es menos el no conocer tambien que en todas las ciencias se obra y se debe obrar antes por razon que por sentimiento: ni un médico cura por sentimiento una calentura, ni un astrónomo predice por sentimiento un eclipse, ni un químico analiza por sentimiento un mineral, ni un matemático discute por sentimiento una ecuacion, ni un pintor debe determinar tampoco por sentimiento los escorzos de las figuras que representa, porque esos escorzos y esas degradaciones están sujetas á leyes fijas que solo pueden adquirirse con el estudio de la geometría que se ocupa de ellos. Artistas hay, y pintores y dibujantes, que creen degradarse por hacer uso de los procedimientos geométricos y de los instrumentos fundados en ellos, como si lo fuera el emplear los únicos medios que existen para asegurar la exactitud, la verdad: ¿no podrán creer algunos que no los usan porque no los conocen? ¿y que aconsejan que no se usen por temor de someter sus obras á la irrecusable comprobacion de las medidas? ¿Es, por ventura, el pintor el único artista que necesita de la imaginacion para adelantar en sus trabajos, para egecutar obras de gusto? ¿solo en las obras del pintor domina el sentimiento? yo creo que tanto genio se necesita para la música como para la pintura; ¿y se enseña por eso la música solo por sentimiento? cuando un principiante se desentona no se contenta el maestro con decirle que ha subido ó ha bajado *mucho*, sino que le dice *cuánto*; y se lo hace percibir con ayuda de los instrumentos adecuados; ¿y dirá nadie que esto es cortarle las alas, que esto es esclavizarle la imaginacion? Todo lo contrario: esas correcciones *exactas* rectifican su genio; le hacen progresar mas, le hacen sentir las bellezas y huir de los defectos, le ponen en disposicion de dirigirse por sí mismo; ¿y por qué no ha de suceder lo mismo en la pintura? ¿por qué no se ha de corregir con exactitud? Ahora bien, si en vista de estas observaciones, y de las innumerables que pudiéramos agregar, se reconoce que es necesaria esta corrección exacta en la pintura, no se alegue por disculpa para no hacerla como aquí proponemos, el que ya la hace el maestro con el conocimiento que él posee, con la regla y compas que él tiene ya en su vista ejercitada, porque aun cuando así sea el discípulo, que no se halla en el mismo caso, no puede

comprenderle; no se nos diga, volvemos á repetir, que se le quiere hacer adquirir esa exactitud á ojo, á fuerza de ver y sin auxilio de los instrumentos, porque eso es de todo punto imposible; pasará días y meses y años en ensayarse en ello; pero nunca podrá llegar á la exactitud; se acercará á ella un poco á costa de paciencia y perseverancia, pero nunca hará lo que debiera hacer y lo que fácilmente podría si á ese laudable estudio y constancia agregara el conocimiento de la geometría y el uso de los instrumentos; creen que sin ellos lo consiga es creer un absurdo, porque no alcanzan á tanto nuestros sentidos; no á los discípulos, á los profesores, á los maestros, me tomo yo ahora la libertad de preguntarles si se creen en estado de tirar una línea de quince pulgadas exactamente paralela al borde del tablero con que solo diste de él cuatro ó cinco; si de buena fe me contesta alguno que sí, y después le veo tirar esta línea, que es quizá el mas sencillo de los problemas que pueden ofrecerse, me harán dudar de mis principios, ó creer al que lo verifique dotado de una capacidad singular; pero poco aventuro en asegurar desde ahora que no espero lo hagan muchos, que no creo haya uno solo en disposición de poderlo verificar. Curioso sería, por cierto, que solo al sentido de la vista, y solo para la pintura, se hallase dotado de esa exactitud que no poseen los otros, y que él tampoco posee en los demás casos: ¿no es el hombre el que siente las variaciones de la atmósfera? ¿y puede por eso calcular por sí solo el mayor grado de calor ó frío que hace hoy respecto de ayer? lo mas que podrá conocer es que este calor ó frío son mas intensos, pero *cuánto* se lo dirán los instrumentos adecuados; sobre el hombre pesa la columna atmosférica á quien él sirve de base, y para saber *cuánto* mas pesada es hoy que ayer necesita del barómetro que se lo mida; por el hombre pasa el tiempo que trascurre, y para saber *cuánto* ha pasado entre dos épocas consecutivas necesita de los relojes que se lo midan; el hombre es, por fin, el que mira el alto y ancho de los edificios, la elevación de las montañas, la separación de las personas, &c. &c. Y para saber *cuánta* es su altura, su longitud, su distancia, le es indispensable hacer uso de las medidas oportunas; ¿y qué solo en la pintura serán innecesarias estas medidas? mucho de ridículo debe tener el asegurar que sí, caso de hacerlo de buena fe.

Si, pues, en las obras de gusto es necesaria la exactitud, porque no puede ser bello lo que no es verdad, y en las obras que hayan de ejecutarse es de todo punto indispensable, porque lo contrario solo conduciría á errores y desvaríos; júzguese si es ó no viciosa la enseñanza del dibujo como generalmente se desempeña en la mayor parte de los establecimientos, y por la mayoría de los profesores encargados de este importante ramo de la educación; y júzguese, sobre todo, qué clase de dibujo será mas útil para las construcciones, para las artes industriales, y para casi todos los oficios: pasar años y mas años en procurar copiar con aproximación ojos, bocas, flores y demás objetos pintados, ó adquirir los medios que enseña la geometría para representar esos mismos objetos tales como son en sí, ó tales como deban ser.

De propósito he suprimido en las observaciones anteriores el citar autores que corroborasen lo que yo decía para que pueda juzgarse de su exactitud solo por lo que tengan de verdaderas; mas si acaso alguno los echase de menos, y quisiera sacar partido de esta omisión para defender la perniciosa rutina que tan generalizada se halla en el día, si nos arguyese con que no hay autores que enseñen el dibujo como hemos indicado aquí, y dijera que nunca los pintores lo han usado, tenga entendido que se equivoca: supongo que no se pondrá este reparo con respecto al dibujo de las artes de construcción, porque bien ó mal entendido siempre se ha usado en ellas del dibujo geométrico, que se hará esta advertencia por lo que toca al dibujo de pintura; pues bien, tampoco esto es exacto. Oigamos en comprobación de ello lo que dice uno de los muchos autores modernos de dibujo que han escrito en este mismo sentido: »la doctrina que esponemos aquí, dice *Montabert*, no es nueva; es la misma que siguieron los célebres dibujantes que ilustraron la Italia en los siglos XV y XVI, los cuales conservaban aun las antiguas tradiciones: *Pablo Lomazzo*, *Alberto Durer*, *Juan Cousin*, y mas tarde *Desargues*, ese profundo geómetra que tan útil fue á la pintura con sus excelentes investigaciones; todos esos autores, y otros muchos que pudiéramos citar, nos han transmitido estas mismas ideas; por manera que lógicamente se puede decir, como consecuencia de esto mismo, que esa vida, esa fuerza de representación, esa energía de dibujo que distinguen eminentemente las cabezas de *Rafael*, de *Leonardo*, de *Vinci*, de *Holbein*, &c. &c., todos hábiles dibujantes, son el resultado de su sabia práctica, y de su excelente educación.

gráfica; de suerte que sería ver las cosas solo á medias el atribuir estas cualidades á la organización particular, al feliz é innato sentimiento de esos maestros: si casi todos los observadores, dotados ellos mismos de un gusto delicado, de un sentimiento fino y esquisito, y de una alma que sabe admirar y apreciar las obras maestras, han reconocido en las producciones de estos pintores el don del cielo que hace los grandes artistas, los observadores de la ciencia positiva del dibujo han reconocido tambien en esas mismas obras maestras el resultado de escelentes lecciones gráficas tomadas de la geometría y consagradas por estos célebres dibujantes."

Si despues de dar estas ideas generales, acerca de la importancia del dibujo y de las diversas clases que pueden existir de él, hubiese yo de esplicar ahora las diferentes *proyecciones* como se llaman en el dia, ó los diversos trazados *scenográficos*, *ortográficos* y *stereográficos*, como se llamaban antes, que existen para representar los objetos, así como los innumerables medios que proporciona la geometría para trazar figuras iguales ó proporcionales á otras trazadas ya, sería preciso formar un tratado completo de dibujo, y no es, por cierto, este el objeto que me he propuesto aquí, sino solo aventurar algunas ideas sobre este importante asunto; pero no concluiremos sin hacer una advertencia necesaria para que los que deseen impugnarlas no se pongan á defender una quimera.

Cuando tanto hemos clamado sobre la necesidad del dibujo geométrico, y del uso de la regla, de la escuadra, del compas y de los demás instrumentos para obtener dibujos de todo punto exactos, ni hemos imaginado siquiera que el dibujo de perspectiva no sea muy útil en muchas ocasiones y muy apreciable en todas, ni tampoco hemos querido proscribir la costumbre de dibujar á mano y sin ayuda de los instrumentos, desconociendo la utilidad de esta práctica: respecto del primer punto nuestro pensamiento fijo es que para las obras de construccion el dibujo geométrico es indispensable, y que en ellas el de perspectiva puede llegar hasta ser perjudicial si no está ejecutado con la exactitud y rigor que rara vez tienen los de esta clase; y que para las obras de imaginacion el estudio del dibujo geométrico debe preceder al de perspectiva, pues las perspectivas se hallan tambien sujetas á leyes geométricas. Respecto del segundo punto debemos manifestar que el compas y la regla deben usarse siempre como medios de rectificación, y como los únicos que hay para asegurarse de la exactitud; así que los

principiantes no deben usar otros, y los profesores tendrán que consultarlos á menudo si quieren obtener la perfección en sus trabajos; no es esto desconocer la utilidad que puede reportar el copiar á la vista con la mayor aproximación posible, y antes creo muy conveniente que los que aprenden procuren trazar un círculo, un cuadrado, toda clase de figuras sencillas ó complicadas con toda la perfección de que el uso y el esmero de cada uno le hagan susceptible, porque si es indudable que debe rectificar sus dibujos con los instrumentos adecuados siempre que se hayan de construir aquellos, tambien lo es que existen muchas ocasiones en que para dar una idea ligera y suelta de sus pensamientos necesita hacer con brevedad y á simple vista dibujos que á él mismo le sirvan de estudios, y puedan suministrar á los demás ideas claras sobre aquello que quiera hacerseles comprender. En suma, la unión de ambos métodos es lo único que puede conducir á la perfección del dibujo, dando una vista y una mano bien ejercitadas la facilidad y ligereza que tan útiles son en muchas ocasiones, y la geometría y sus instrumentos la exactitud que requieren los dibujos destinados á ser construidos, y que tanto aumenta la belleza de todos los demás.

*Manuel María Azofra.*

## EL PERRO LEGATARIO.

### Cuento.

Figúrese el lector un largo salón de una antigua casa, vestido todavía con cortinajes de doble damasco carmesí, y pesados sillones con asientos de vaqueta, restos de una edad más sólida que la presente. Las paredes estaban cubiertas de alfombras, gastadas ya por el tiempo destructor y la destructora polilla; y el pavimento se había hundido algún tanto en el centro de la habitación á causa del peso natural de la obra, y del continuo ir y venir por espacio de años infinitos. Al mirar la solidez de las paredes y techos, al ver uno de aquellos sillones de que hemos hablado, al observar su estructura, la cantidad de madera, hierro y vaqueta necesaria para construir un mueble

ahora tan sencillo y tan leve, al considerar, en fin, su peso y su volúmen, no podemos menos de creer que nuestros ascendientes fueron por las muestras gente tambien de mas peso y volúmen que la que ahora vemos; y al hacer estas observaciones se nos vienen en seguida á la memoria aquellos versos de Joyellanos:

... ¿A dónde está el forzudo  
brazo de Villaldrando? ¿Dó de Argüello,  
ó de Paredes los robustos hombros?  
El pesado morrion, la penachuda  
y alta cimera ¿acaso se forjaron  
para cráneos raquíticos? ¿Quién puede  
sobre la cuera y la enmallada cota  
vestir ya el duro y centellante peto?

¿Quién enristrar la ponderosa lanza?  
Pero dejando aparte esa inmensa cuestión sobre la regeneración del género humano, cuestión que nada me importa á mí para continuar el cuento comenzado, voy á referir á mis lectores, que me estarán ya aguardando, que la habitacion que les he pintado estaba iluminada á la sazon por una sola luz, que despedía un enorme velon de bronce, que en un ángulo de la pieza, y junto á la puerta, había una cama, y en el ángulo de enfrente una mesa, y á su derredor una muger jóven como de 30 años, fresca y rolliza, y otra muger vieja como de 85, sin las enormes e indispensables gafas, pero con su escofietta del siglo anterior, y su espantable gesto de vieja, que es lo mas espantable que Dios nos ha dejado sobre la tierra, gracias al pecado de la primera muger, que nosotros vamos purgando, como quien dice, sin comerlo ni beberlo.

Segun dije, pues, había al derredor de una mesa una jóven llamada Julia, y una vieja, su tia, que se llamaba aun Doña Quiteria Quiñones de Quijada. Julia cosia, y su vetusta tia rezando hacia calceta á tientas, y como por hábito, pues de resultas de su milésima enfermedad había perdido la vista, añadiendo de este modo la voluntad del Señor, como ella decia, un achaque mas á los innumerables que ya le había regalado. En los momentos de que hablo dieron las diez en el relox de la parroquia. Doña Quiteria dejó de rezar y de hacer calceta á la primera campanada. Julia se levantó y ayudó á levantar á su tia, y ambas, como máquinas, se dirigieron á la cama, corrieronse las cortinas, y al cabo de un buen espacio se oyó la voz de Julia que decia con alegre tono, buenas noches tia. El sa-

lon, quasi cerrado, quedó á oscuras, porque Julia se llevó la luz, y por fuerza la escena se trasladó á otra parte. Por ahora iremos siguiendo á Julia, porque una vieja en la cama no puede ser materia bastante para un cuento.

Al atravesar Julia con la luz la pieza inmediata al salón que hemos descrito, vióse una mesa dispuesta con dos cubiertos, de los cuales, al parecer, no se había hecho aun ningun uso. Julia bajó rápidamente una escalera, y llegó á la entrada de la casa, dejó la luz sobre una mesa, y se colocó escuchando á una ventana que había junto á la puerta de la calle. Por estas señas ya conocerá el lector que la casa de Doña Quiteria Quiñones de Quijada estaba situada en algun pueblo, y así es verdad. Pero lo que no podrá conocer todavía es el genio ó carácter particular de la jóven de que estoy hablando, si no me tomo yo el trabajo de decírselo. Julia era una muchacha de mediana estatura, morena, rolliza y vivaracha, dispuesta, como muchas otras, lo mismo á lo bueno que á lo malo, como muchas otras, acostumbrada á pasar algunas horas de la noche en platicar con los novios, de los cuales había tenido un número, segun su cuenta, bastante notable; y en fin, como quasi todas las jóvenes, deseosa de casamiento; sobre todo, despues que había cumplido los 25. Julia era una muger como la generalidad de las mugeres, y no digo mas.

Hacia ya un buen rato que escuchaba junto á la ventana el ruido de las gentes que pasaban por la calle para retirarse á sus hogares. Poco despues quedó todo en silencio, abrió la ventana Julia y un hombre envuelto en su capa saltó dentro sin hacer ruido. La ventana volvió á cerrarse, pero antes, oculto detras de la capa de su amo, había entrado tambien un perro de caza, que por no ser visto subió por la escalera, y despues de haber llenado la panza con lo que pudo pillar en la cocina, fue á echarse en la cama de Doña Quiteria.

— A dios mi querida, dijo el hombre de la capa, y dió un beso á Julia en la mejilla. Malditos sean tus vecinos que han dado en la manía de recibir visitas de noche; y maldito sea el juego que los entretiene hasta estas horas. Vive Dios que se me acababa la paciencia con tanto esperar. Creí que no había de ver la calle limpia esta noche. Pero todo lo olvido al ver esa cara despues de tres dias, y al pensar que vamos á cenar juntos como dos esposos.

— No hables tan recio Jacinto, porque ya sabes que duermen cerea los criados, y no conviene que sepan que recibo tales

visitas á estas horas. En mi habitacion tengo dispuesta la mesa, subamos, cenaremos y hablaremos al mismo tiempo de nuestros asuntos.

Julia tomó la luz, y seguida de su amante Jacinto, subieron ambos callando la escalera: al llegar á la habitacion se pusieron á cenar, y dijo Jacinto:

—Oye Julia, ¿dónde duerme tu tia?

—En esa otra habitacion.

—¿Y no nos oírá estando tan cerca?

—Qué, si duerme como un liron. Además está ciega y algo sorda muchos dias. No tengas ningun cuidado.

—No, lo que es á mí ningun cuidado puede darme el vestorio de tu tia. Solo tiene una cosa que me guste, y es, el que está ciega. Y aun así bien sabes que no me ha sido muy fácil pegársela algunas veces. Vamos, es una vieja fea, impertinente, llena de achaques, con mas tabaco en las narices que vende en un año la tia Teresa la estanquera, y á mayor abundamiento mas astuta y maliciosa que un zorro. Si no fuera por la bendita herencia....; y á propósito de herencia ¿hizo ayer el testamento?

—Sí, querido. Es verdad que me ha costado mucho el conseguirlo, pero al fin me ha nombrado su heredera, escluyendo á las demás sobrinas. Ya sabes los trabajos que para ello he empleado de algun tiempo á esta parte. Yo la visto, yo la limpio, yo la doy de comer como quien da papillas á un niño, yo la desnudo y yo la acuesto. Se me olvidaba, y rezo con ella el rosario, y ya sabes que el rosario de mi tia no tiene cruz. Esto sin contar que es sucia, impertinente, regañona y otras mil cosas.

Un ruido sordo pareció oírse en este momento en el salon inmediato. Julia y su amante quedaron en silencio. Despues dijo Julia:

—Nada, amigo, duerme como un liron.

—Confíesote Julia, dijo Jacinto lleno de alegría, que eres muger de provecho y que te has portado en el lance como maestra. Ahora es preciso que nos casemos. Ya sabes que tengo corrientes los papeles esperando esta ocasion.

—Bueno seria ello, porque á decir verdad ya hace tiempo que estoy cansada de ser soltera. Pero si digo á mi tia que me caso contigo voy á perder de seguro la herencia. Ya sabes que te tiene un odio regular, sobre todo desde que le dijeron que me hablabas por la ventana; y aun cuando no fuera así, como

es tan antigua no querrá prescindir de tomar informes, y entonces sabrá que juegas, y sabrá el lance con la Tomasa, y la Pepa, y la Rosita, y la ...

—Basta, querida mia, no recuerdes esas cosas que ya pasaron: Ya sabes que me he corregido. Oye, creo que lo mejor será casarnos de secreto.

—¿Y no han de saber todas las señoritas del pueblo que ya soy casada, y que tú eres mi marido? Eso es muy triste. ¿Entonces para qué me he de casar? Además, tambien conozco que no me ha de ser posible ocultar por mucho mas tiempo...

—Una razon mas para que adhieras á mi proposicion. No hay otro medio de arreglarlo. Si se muriera pronto esa vieja!.... esta noche por ejemplo.... Ya estaba todo compuesto. ¿No es verdad Julia?

—Ya se ve.

En este momento se oyó otra vez rumor en la pieza inmediata. Jacinto se levantó sobrecogido y con los cabellos erizados. Julia le quiso sosegar diciéndole:

—Te repito que no tengas cuidado. Tal vez sueña ó se vuelve al otro lado para dormir de mejor gana.

—No, no, Julia: juraría haber visto una fantasma blanca con una cabeza horrible y con los ojos cerrados que estaba escuchando arrimada junto á esa puerta.

—Julia, al oir el nombre de fantasma, y al ver el rostro lívido de su amante, sintió que le tocaban los pies, y un chillido iba á escapársele cuando Jacinto le tapó oportunamente la boca.

—Calla, es mi perro, maldito sea, el que nos alarmó,

—Jesus y que susto me ha dado. ¿Pero y la fantasma?

—Tal vez la habrá producido este vinillo que calienta como un diablo.

Algunos momentos despues se separaron los dos amantes, y convencidos de que lo mejor y mas acertado en su situacion era casarse en secreto, quedaron convenidos en que Julia se levantaria temprano á la mañana siguiente, que Jacinto tendria preparados los padrinos y el cura les echaria la bendicion, sin que la tia pudiese saber nada de lo hecho hasta que sus achiques y los votos de sus queridos sobrinos la mandasen á la eternidad.

Jacinto, prescindiendo de su aficion al juego y á la holgazanería, y de algunos enredos que habia tenido con varias muchachas del pueblo, era por lo demás, como suelen decir, un

buen muchacho. No amaba á Julia y era mas jóven que ella, pero sabia que casándose llegaria á ser dueño al fin de los bienes de su tia, que eran muchos, y tendria un nuevo patrimonio que disipar, y esto bastó para decidirle. Tal para cual.

Al dia siguiente habia un casamiento y un entierro. El cura casó á Jacinto y á Julia, *in faciem ecclesiae*. Julia volvió un poco tarde á su casa, y subió á ver á su tia, que habia pasado la noche con un ataque apoplético y se encontraba repentinamente en disposicion de dar la última boqueada. Vió á toda la parentela reunida haciendo cruces de la súbita enfermedad que ponía á Doña Quiteria en tan terrible situacion. Los facultativos se retiraron; vino el cura con los santos óleos, y poco despues un coro de ayes y chillidos anunciaaba á los vecinos, antes que la campana de la parroquia, que Doña Quiteria Quiñones de Quijada habia hecho el tránsito de este mundo al otro.

En el instante mismo en que supo Jacinto esta noticia se presentó en la casa de la difunta, se declaró esposo de Julia, y trató de apoderarse desde luego de todas las llaves y papeles en virtud del testamento de la que llamaba su buena tia, y en el cual resultaba Julia heredera de todos sus bienes, pero no pudo conseguir su objeto porque ya otro habia verificado la operacion y tomado por su cuenta las llaves todas. Jacinto creyó que nadie sino él tenia derecho para semejante accion, y lleno de cólera y orgullo de heredero subió á la habitacion donde todavia se encontraban los parientes de la finada, y en presencia del cadáver y sin respetar á las personas que allí habia preguntó, quién era el atrevido que tuvo la audacia de recoger las llaves. Tambien Julia tomó el mismo tono y dijo con la mayor seguridad y buena fe que allí no habia mas heredero que ella. Entonces en medio del silencio general que habian producido los gritos de los nuevos esposos se levantó un hombre gordo quasi vestido de negro, con la cabeza cana, con antiparras circulares y un rollo de papeles, cuyo personage, que segun habrá adivinado el lector, era un escribano, con recia y pausada voz contestó al novio: Amigo D. Jacinto, quien ha recogido las llaves son estos dos señores que veis á mi derecha, albaceas nombrados por la difunta Doña Quiteria ante mí en su último testamento y por orden espresa de la misma. En su virtud espero y suplico á V. se sirva sentarse juntamente con

su nueva consorte, y tranquilizados y sosegados ambos en cuanto baste, se procederá desde luego á la lectura de dicho testamento, á cuyo efecto han sido citados los parientes de la testadora.

Jacinto y su esposa sentáronse y callaron; tanto les habían abatido aquellas palabras »último testamento.” Por fin el escribano procedió á su lectura, y entre otras leyó las siguientes cláusulas:

Otroſí.—Lego á mi sobrina Julia y á su consorte D. Jacinto Verey la cantidad de un real vellón diario mientras viva el perro de caza que tiene el dicho D. Jacinto, para que con esta cantidad le compre diariamente una racion de carne, en atención á que el citado perro de D. Jacinto supo despertarme una vez á tiempo.

Otroſí.—Nombro por mi único y universal heredero al hospital de pobres de la ciudad de Valencia, para que disfruten en él de mis bienes mi sobrina Julia y su marido cuando llegue el caso.

Otroſí.—Es mi voluntad que por este mi último testamento quede nulo y de ningun valor el primero en que instituí por mi heredera á mi sobrina Julia, por haberlo dictado en un momento de error, que espero me perdonará Dios.

M. V. A.

## UN MILITAR DESHONRADO.

(Conclusion.)

Llegada la noche tomó algun alimento; esperó la hora de ir al baile, y poniéndose el dominó negro que tan buenos ratos le recordaba, echó la capucha sobre la espalda, en su lugar púsose un sombrero fajado de crespon, y se encaminó resuelto á San Bernardino.

—Desde temprano había estado calculando Carlota con una amiga suya el papel que representarian aquella noche y arreglándose los trajes; tan entretenidas estaban en estas agradables ocupaciones del bello sexo, que hasta se le olvidó aquella tarde á Carlota ponerse al balcon para ver pasar á su amante, y esta circunstancia hizo que no reparase en su falta.

Mira Camila, decia Carlota, te pones este trage de valenciana, por nuestra misma estatura, el mismo color del pelo, con la careta y con fingir la voz parecerás yo misma á los ojos de Alfredo. Estás enterada de todos mis secretos y podrás representarme perfectamente. Procura ser poco amable con él, dale zelos con D. Luis y con tu amante; yo vestida de beata procuraré llamar su atencion embromándole mucho, con algunas cosillas que le escuezan. Ignorando además papá el cambio de nuestros trages estaré mas libre, divirtiéndote á ti tu misma sujecion: Camila se adheria con creces al proyecto de su amiga, y juntas se disponian aquella noche á reirse completamente á costa del novio y del papá.

Ya habrá podido, por estas intenciones, calcular el lector el carácter de nuestra heroina; en el baile veremos sus facciones, pues no dejará de quitarse la careta despues de haber vuelto el juicio con su viveza, con su talle y su talento á mas de un elegante y presumido jóven.

Eran las diez cuando un criado avisó que el coche estaba á la puerta. Ponte pronto la careta Camila, dijo Carlota sobre-saltada, papá nos va á llamar y la broma ha de empezar en casa. No olvides el lazo encarnado.... El dominó negro que te conteste amor con amor se paga, aquel es Alfredo. Cuidado con dejarme en buen lugar. No pudo oir la contestación afirmativa de Camila, pues su padre entró en aquel instante embozado en una hermosa capa y dispuesto á salir.

—Vamos, las dijo, que ya es hora.

—Ate V. primero bien la careta á Carlota, dijo la beata, que yo con estos guantes no acierto: y el pobre padre quitándose los suyos y desembozándose, recibió el primer chasco, creyendo servir de camarero á su hija, cuyo donaire y buen porte encareció mucho Camila; mirando despues atentamente á la beata la dijo: alabo mucho la elección del trage, pero no creo que la joven viudita quiera, retirándose del mundo, realizar lo que su vestido representa: si se rió de esto la beata, mas lo hizo todavia la verdadera viudita que era la valenciana, y si su estado no era el mas á propósito para la amiga familiar que el padre de Carlota hubiera debido buscarla, no contribuyó sin duda poco á desarrollar la travesura de la solterita. No fueron estos los únicos motivos de risa: al subir al coche, los honores y el sitio de preferencia fueron para Carlota que su padre equivocadamente siguió tomando por Camila. Fatigados tenia ya los oídos del tiple en que ambas máscaras

ningian la voz, y casi perdía la paciencia de estar escuchando lo que le decían, que era un ensayo, pidiéndole su parecer; cuando el Simon hizo alto á la puerta del baile de San Bernardino.

Era entonces este en Madrid el baile de la aristocracia, pero como por 50 reales cada cual y cada una podía tomar un billete, no dejaba de ser la concurrencia formada de todos los elementos que componen un baile público de máscaras.

El salón principal estaba espléndente de luces, los adornos no eran muchos, pero la entrada fue muy grande en aquella noche, la mejor pero la última para la empresa.

Un brigadier, cuyo cuerpo y nombre no citaremos, vestido de grande uniforme con la cruz de San Fernando de 1<sup>a</sup> clase al pecho, traía del brazo á una fresca y gentil valenciana, de quien se agarraba una beata, que iba haciendo besar su rosario á cuantos encontraba.

Tanto llamaba la atención el porte del militar, su marcado orgullo y aire pedante, como la desenvoltura de sus parejas.

— Al instante nos van á conocer con V. papá, decía hipócritamente la viudita en voz baja, podria V. dejarnos solas un rato: y en esto un dominó negro añadía con buen humor: esa linda labrador no está bien al brazo de un buen mozo como tú cubierto de oro, de galones y cruces (y de presuncion dijo un moro pasando) debes agarrarte con esa marquesa, y señalaba un sayal del tiempo de Luis XIV. Déjame la valenciana, que despues de la mazurca que van á tocar te la devolveré. Cuidado, dijo el brigadier al oido de la que creía ser su hija, junto á la orquesta te espero, y se la entregó al afortunado D. Luis.

No tardó mucho la beata en hallar pareja. El hijo querido de la noble casa de X vestido de templario se paseaba al brazo de otros jóvenes amigos suyos; al pasar cerca de ella tuvo que besar el bendito rosario, no sin pedir antes la dicha de estampar tambien un beso en la linda mano que se lo presentaba; gracia que le negó la devota en tono muy condescendiente, añadiendo ¿cómo cumplirás los votos de tu orden? amándote siempre, repuso el templario, cogiéndola del brazo: sus amigos y el brigadier creyeron descubrir cierta inteligencia en tales palabras, pero sin embargo este dejó á su hija sin oponer la menor resistencia, y aun forzándose para decirla por despedida en voz baja:

— Viudita, no desperdices el tiempo.

No recibió contestación, y quedado solo iba inútilmente de la una á la otra parte de la sala mirando á todos sin que casi nadie pareciese reparar en él. Ni su porte altanero, ni las sonrisas y saludos afectados que á veces repartía, le procuraban mas que una fria correspondencia. Aquel uniforme tan brillante era ajado y estrujado sin piedad, y sin que nadie dirigiese una sola chanza al que lo llevaba. El único dominó negro que le había dicho algunas palabras entre lisongeras y burlescas no había acudido con su pareja cerca de la orquesta, y su mal humor era visible cuando el mismo moro que le había llamado presuntuoso volviendo á verle triste y meditabundo le dijo: Esas facciones ya van tomando la expresión sombría que les corresponde, solo faltaria ahora ocultar con un crespon negro el brillo de esa cruz. El rostro del brigadier se encendió en cólera, sus ojos brotaron fuego, y quiso, sin poder contestar, asegurar del brazo al astuto moro, que deslizándose desapareció entre la muchedumbre, dejándole burlado y aun mas imbuido en penosas reflexiones.

¡Qué triste debe ser para aquel cuya alma no se siente tranquila el verse aislado y sin disfráz en medio de uno de estos festines, oyéndose recordar acciones que sonrojan, fluctuando entre el deseo de esconderse y la ocasión de vengarse! ¡Cuánto debe atormentar la conciencia en este caso, y qué castigo tan severo debe recibirse! Estos debían ser los tormentos de nuestro militar cuando buscaba desesperado á sus perdidas parejas para huir de un sitio donde sin máscara creyó llevarla, y donde se acercaba el momento de su vergüenza y confusión.

D. Alfredo desde muy temprano estaba tambien en el baile, y si su alma no sentia crueles remordimientos estaba abatida y lloraba de dolor. Aturdido en medio de aquel bullicio por las estrepitosas risotadas, distraido sin quererlo por la música, por la vista de mil alegres parejas que todas pasaban hablando de amor y admirando el hermoso talle y la blancura de muchas que se reian de verle tan solo y pensativo, apoyado tristemente á la pared cerca de la entrada, su imaginación se estraviaba pensando en su desgracia. ¡Todo lo he perdido á la vez! se decía, ¡ni amor ni felicidad me queda! y aun iba á hacer una locura, turbando tanta alegría, tan bullicioso contento.

Decidido casi á retirarse ya luchaba sin ventaja la pasión de la venganza con la calma del entendimiento, cuando acertó á descubrirle la traviesa beata que en compañía del templario tan pronto se gozaban en su conversación particular como en

burlarse de cuantos se les venian al paso.—Esclente figura para lloron de un catafalco, dijo el templario, pero no recibiendo mas contestacion que una mirada colérica, ya le dejaba diciendo: mal humor ha traído al baile este enlutado personage, si la beata deteniéndose no se hubiese empeñado en hacerle besar el rosario y en conocerle.

—¿Quién eres? le preguntó, ¿que vienes al baile con un crespon en el sombrero? ¿no tenias otro? ¿Eres un enamorado mal correspondido? Besa esta reliquia y recibirás consuelo. ¡Hombre! no me rechaces con tan mal modo, como tienes triste figura. ¿Eres mudo?

—Soy el demonio, bruja maldita, dijo Alfredo sin singir la voz; y sin desconcertarse la beata, que le conoció al instante, replicó: bien haces de estarte así taciturno y pensativo, mientras Carlota te la está pegando con otro dominó negro.

—Hace muy bien, dijo Alfredo, déjame en paz cotorra insufrible.

—Estás arrepentido, ó te infunde miedo el uniforme de su padre y no te atreves á buscarla.—¡Su padre!! esclamó Alfredo temblando y oprimiendo el brazo de Carlota, ¿dónde está? Hévame que le encuentre.

—*Suélteme V. por Dios que me hace daño.*

—Hombre, ó fantasma, dijo el templario, modérese V. si no está loco.

—Oigamos, oigamos, respondió rechinando los dientes Alfredo que reparaba en una pareja de valenciana y dominó negro que junto á ellos pasaba.

—Papá estará desesperado buscándonos, vamos pronto junto á la orquesta, decia la que nuestros lectores habrán conocido por la viudita.

—Aun podrás quererme Carlota de mi alma, contestó Don Luis.

—Si siempre os he amado, vamos pronto por Dios á buscar á papá.

—Vamos allá, viéndote conmigo no sentirá haberte perdido este rato, ¡qué dichoso voy á ser! y se quitó la careta, añadiendo: Descúbreme tambien ese rostro bello para que vea el cielo.... y no oyeron mas. Alfredo soltó el brazo de la beata y siguió fuera de sí á la feliz pareja: el templario con la suya no sabiendo qué pensar se fueron tambien detras, y dos minutos despues todas las del baile se paraban repitiendo una riña, ¡una riña!

Al instante que Alfredo alcanzó al padre de Carlota, antes que su fingida hija, que tan venturoso había hecho á D. Luis, pudiese escusarse de su tardanza, le dijo: *Hombre vil, bajo de esta careta se oculta el hijo de una de las víctimas de tu falacia y de tu traicion: ese uniforme se deshonra sobre tu cobarde cuerpo, y tu pecho es indigno de llevar esa cruz comprada con la mas perfida alevosía, y arrancándosela con violencia le dió un fuerte bofetón.* El brigadier echó mano á la espada, pero *detenido por su hija, por D. Luis y por cuantos junto á él estaban, esclamó ahogándose en cólera y forcegeando convulsivamente por desprenderse de los brazos que le sujetaban.* **Dejadme que atraviese el corazon á ese infame máscara que oculta su rostro impostor.**

—Señor brigadier, por los heroicos asesinatos de Málaga reconozca V. al hijo de su mejor amigo, y se descubrió Alfredo.

—Engañado por su astucia mi padre vino á España á recibir la muerte de los mártires; yo doy á V. ahora la de los traidores, *el desprecio público*, y mañana.... La guardia, la guardia, gritaba con fuerza el brigadier; y Alfredo, bajando la voz, continuó: mañana, junto al canal, en el bosquecillo de almendros, á las seis, si no es V. un cobarde. Mientras tanto aquí está la hoja de servicios de ese señor brigadier; yo la leeré en alta voz, repuso el moro que ya conocemos, tomando de la mano de Alfredo un papel arrugado, y mañana tu primo será tu padrino.

Alfredo había desaparecido sin que nadie se opusiese á su salida; D. Luis, que sostuviera á la garbosa valenciana que del susto cayó desmayada en sus brazos, se quedó yerto de asombro reconociendo á la viudita, y sin pensar que había sido el juguete de una coqueta, se ofreció á ser padrino del brigadier, porque si su corazon había latido de amor al lado de la valenciana, que creyó era Carlota, cuando vió á esta abandonada de su pareja, pálida como el pecado, sin poder respirar ni verter una lágrima, con los hermosos ojos negros fijos en su padre, y bella como el arrepentimiento, no le fue posible resistir y pudo mas el amor que la indignacion.

La guardia cruzaba la sala, el baile se había interrumpido y D. Luis fue el único que se quedó al lado de la desgraciada familia. Si mucho contrastaba el traje alegre de la viudita con sus desencajadas facciones, Carlota, blanca y leve como el plumage de un cisne, parecía, envuelta en su vestido negro de beata, la víctima espiatoria de las culpas de su padre, que

soberbio no rebajaba en nada su arrogancia. D. Luis le ofreció el brazo para retirarse, pero este penoso sacrificio hubiera sido superior á sus fuerzas y á su generosidad, si no hubiese sostenido tambien á Carlota; cuyo abandono y suave peso le hacia esperar la vuelta de un amor olvidado, y cuyos ojos arrasados de lágrimas le manifestaban en tiernas miradas un agradecimiento verdadero. Mientras atravesaban el salon todos se apartaban con desprecio, y al alejarse oyeron al severo moro que leia en alta voz la siguiente carta.

Querido Alfredo: Conociendo tu carácter impetuoso, te he callado hasta hoy un secreto que tu resolucion de unirte á Carlota me obliga á revelarte. *El padre de tu amada* fue el que, enviado por Moreno, engañando á *nuestro infeliz padre*, le hizo entrar en España con Torrijos y sus compañeros para recibir *la muerte*....

Sus entorchados y sus cruces fueron el premio de esta infamia.

Maldicion eterna sobre los traidores.—Tu hermano *Gabriel*.

Varias veces fue leida esta carta y otras tantas escuchada con indignacion. Las ideas que su contenido dispertaban, y la escena que habia producido, fueron sin duda causa del pronto despejo del salon, que quedó solitario antes del amanecer.

### EL DESAFIO.

Desde muy temprano aguardaban con impaciencia Alfredo y su primo la llegada del militar, y nadie parecia. Las horas son dias cuando se espera la felicidad, y los instantes siglos si quizá se espera la muerte. Ya habian dado las siete cuando vieron elevarse á lo lejos una nube de polvo, oyeron galopar un caballo, y poco despues distinguieron á D. Luis que llegaba sofocado.

—¿Y el brigadier? dijo Alfredo ayudándole á apearse.

—Está camino de Francia con su hija: yo mismo he sacado una órden del ministro para que saliera de España, y le he obligado á hacerlo al instante.

—¡Cobarde! yo le encontraré aunque se oculte bajo de tierra.

—No, Alfredo: si tienes sed de sangre, despues de tu pública venganza, aquí me tienes, yo voy á ser el esposo de Carlota, y debo defender á su padre.

— ¡Tú!! digno defensor por cierto. ¡Tú, amigo verdadero! vas á unirte á esa raza maldita; y ¡cuándo! después de haber sido ayer el juguete y la befa de una coquetuela que no desmerece de su sangre....

— Alfredo, ahorremos los insultos; tu mala cabeza me comprometió ayer, me debes una satisfacción y vengo á reclamarla.

Inútiles fueron las reflexiones del testigo, los dos amigos se acaloraron; se aborrecían porque los dos amaban á una misma muger, y se decidió el duelo á muerte.

Veinticinco pasos los separaban; cada uno frente de su contrario tenía levantada con serenidad la pistola homicida. Alfredo había sido favorecido por la suerte é iba á tirar primero; pero se detuvo, y dijo á D. Luis: Sea el cielo nuestro único árbitro; no debamos nada á nuestra habilidad; descarguemos una pistola, y mezclándolas tomemos, sin verlas, cada uno la que nos depare la suerte, y disparémonos á boca de jarro. Estremecía esta proposición; el padrino se opuso, pero no hubo medio; un arma fue descargada, y juntas en un sombrero cada uno escogió la que le parecía. Se estrecharon las distancias, los que fueron amigos, y tantas veces se habían abrazado, se tocaban con el cañón de una pistola.... Su serenidad era afectada, les temblaban las carnes, y su palidez mortal condenaba tan bárbara posición.... Sus movimientos pausados parecía que retardaban el fatal momento, y esta dilación era horrorosa. ¡Fuego! dijo el testigo.... Salió solo un fogonazo. Luis había disparado su arma y estaba descargada. Alfredo no había tirado; exánime, sin voz tenía el dedo en el gatillo, y era dueño de la vida de su amigo.... ¡Piedad! ¡Piedad! exclamó este; y Alfredo, vertiendo un mar de lágrimas: Se feliz, contestó, y haz dichosa á Carlota. Yo marcho mañana á Cádiz y me embarcaré para América.

¡A dios! acuérdate alguna vez de mí.

S. L. D.

## CURSO DE ECONOMIA POLITICA

EN EL COLEGIO DE FRANCIA,

por Mr. Miguel Chevalier.

Hace algunos dias que en el gran anfiteatro del colegio de Francia se reunió un numeroso concurso para la apertura del curso de economía política. El nombre del profesor Miguel Chevalier, el mérito de sus obras, las prendas especiales de su estilo, y las simpatías que escita la generosidad de sus opiniones, habian reunido al rededor de la cátedra que con tanta aceptacion ocuparon el ilustre J. B. Say y su sabio sucesor Mr. Rossi, á cuantos hombres escogidos se han grangeado alguna reputacion en el cultivo de las ciencias, en la enseñanza, en la prensa y en los principales destinos de la administracion.

La reunion de tales personas daba un carácter particular á aquella sesión. Como entre los oyentes habia, por decirlo así, mas jueces que discípulos, la lección tuvo mas bien visos de discurso, y con tanta mas razon ha quedado sujeta al examen y á la contradiccion. Nosotros mismos no hemos podido resistir á esta influencia, y aun ahora nos sometemos á ella, hallándonos mas dispuestos á desempeñar el papel de críticos que el de simples narradores que se nos habia encomendado.

Segun el profesor »la economía política es la ciencia de los intereses materiales; encargada de enseñar cómo estos intereses se crean, se desarrollan y se organizan.»

No tenemos noticia de que jamás se haya definido oficialmente de este modo la ciencia cuyo estudio nos ocupa. Hasta ahora habíamos creido que una ciencia, la economía política como otra cualquiera, no era, segun la expresion tan exacta de Mr. Rossi (á quien debemos siempre citar con respeto lo mismo en economía política que en legislacion) sino la posesion de ciertas verdades abstractas, desprendidas de toda circunstancia de tiempo y de lugar, de personas y de aplicacion que pudieran modificar su aspecto.

Así como la astronomía existe como ciencia independientemente de los naufragios, y así como las verdades matemáticas son rigorosamente exactas á pesar de las modificaciones que

en su aplicación sufren por los hechos físicos (1), así también creemos que la economía política descansa sobre principios exactos é idénticos en todo tiempo y lugar.

Su objeto es el estudio de la formación de la riqueza, cuya fuente halla en el trabajo, cuyo crecimiento en los ahorros, y cuyo desarrollo en la asociación. Estas son verdades económicas tan incontestables y tan absolutas como todas las verdades matemáticas posibles; porque son tales verdades no solo en París y en Francia sino en todo el universo; lo mismo bajo los gobiernos absolutos que bajo los republicanos; lo mismo en las colonias de esclavos que en Haití. Ahora bien esta universalidad, esta completa independencia de todos los hechos esternos es lo que constituye en ciencia estas verdades, y lo que les ha dado fuerza para destruir los añejos errores del sistema mercantil y del de los fisiócratas.

Esto supuesto, es evidente que la economía política (hablamos de la ciencia) no tiene por objeto, como dice Mr. Miguel Chevalier, enseñar cómo se *organizan* los intereses materiales; porque el organizar no corresponde á la ciencia sino al arte. El que organiza debe necesariamente tener en cuenta la naturaleza de la materia que ha de organizar, y debe prepararla de antemano, adoptando transacciones que eviten choques violentos y dolorosos para las diferentes partes del cuerpo que organiza. Mas el sabio no entra en estos pormenores y desecha tales temperamentos: demuestra la verdad, tal cual es, y no desciende á su aplicación. Y como quiera que la verdad es una, no se humilla ante ningún poder ni cede á ningún obstáculo. *E pur si muove* es la verdad fundamental á que debe sus progresos la astronomía. Los suplicios y los verdugos no pudieron oscurecerla, y por más que hicieron contra ella ignorantes fanáticos, la tierra continúa su movimiento.

Cuando Mr. Chevalier trata de señalar el lugar que debe ocupar entre las ciencias la economía política, se nota la misma confusión entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y el arte.

(1) He aquí la demostración de Mr. Rossi. „Es incontestable que un proyectil lanzado bajo cierto ángulo describe cierta curva: esto es una verdad matemática. Es igualmente verdadero que la resistencia opuesta al proyectil por el fluido que atraviesa modifica mas ó menos en la práctica los resultados del cálculo: esto es una verdad de observación. — ¿El cálculo matemático es falso? — De ningún modo; pero supone el vacío.”

»A la economía política, dice, no toca el fijar las cuestiones sociales. Ella las acepta tales como se las propone la política, y las resuelve conforme á los preceptos de la religión ó de la filosofía, segun que una ú otra están en posesion de dirigir las inteligencias. La economía política no es la hija primogénita de la familia; tiene por el contrario otras hermanas mayores cuya preeminencia y autoridad reconoce. Se le señala su tarea y la desempeña con celo como hija hacendosa. Limitándose modestamente al papel de auxiliar, aplica los hechos materiales á la solucion de los problemas que se le indican segun las necesidades de la época, coordinándolos é interpretándolos con arreglo á los principios supremos que halla establecidos á su alrededor.”

No es posible aceptar para la economía política este papel que le atribuye Mr. Chevalier. Debo repetirlo: esta ciencia ni acepta ni fija las cuestiones sociales; se limita á descubrir y señalar verdades que son otras tantas leyes, cuya aplicación deja á cargo de los hombres. No consulta la moral ni la filosofía, la política ni el derecho; tan extraña es á estas ciencias como á la astronomía ó á las bellas letras.

Cuando prueba las ventajas de la produccion mas económica posible, hace como las matemáticas con respecto á la física, supone el vacío; es decir, que no se cuida de indagar si el empleo de las mugeres en las fábricas lleva ó no consigo la desmoralización y la licencia; si el de los niños perjudica á su salud y al buen reemplazo del egército. El observar estos hechos corresponde á la moral y á la política; pero se hallan fuera del dominio de la economía.

Los profesores que precedieron á Mr. Chevalier en la cátedra que ocupa, distinguen en lo que comunmente se llama economía política tres órdenes de conocimientos muy diversos uno de otro.

En primer lugar, dicen, es necesario considerar la economía política pura.—Tal es la ciencia segun hemos procurado definirla:—Una reunion de verdades abstractas sobre la naturaleza, las causas y el movimiento de la riqueza; verdades que siempre son las mismas en todo tiempo y lugar.—Para demostrar estas verdades y enseñar la ciencia que de ellas se compone se ha establecido la cátedra del colegio de Francia. Mr. Chevalier sabe tan bien como nosotros cómo ha sido desempeñada hasta ahora.

Al lado de la ciencia abstracta ó racional y descansando en

los principios que de ella se derivan, se encuentra la que llamamos economía industrial ó de aplicación. La ciencia pura solo es un medio para esta, que debe tener en cuenta las circunstancias de tiempo y de lugar que pueden modificar los principios en las aplicaciones que de ellos hace. Para su enseñanza se halla establecida la cátedra del conservatorio de artes y oficios desempeñada por Mr. Blanqui. Allí la explicación de los principios es concisa, y se fija principalmente la atención en el examen de los hechos y en el estudio de la legislación que los gobierna.

Esta es la economía política nacional; — la otra es la economía política general.

En fin, la ciencia y el arte, la teoría y la práctica se encuentran á veces con otras ciencias, con la moral y la política por ejemplo, que á su vez intervienen y mandan, como poco ha lo notamos hablando del trabajo de las mugeres y de los niños en las fábricas. Sobre estas tres ciencias se funda un arte; el de gobernar, que no se aprende en los libros ni academias y que sin embargo todos presumen poseer.

La lección de Mr. Chevalier no corresponde ni á la primera ni á la segunda de las categorías explicadas: con mas propiedad la colocaríamos en la tercera, si no hubiese aspirado á considerar como ciencia, esto es, como una verdad inmutable y fuera de contestación, lo que es esencialmente móvil y discutible, lo que se halla sometido á todos los acontecimientos y subordinado á todas las revoluciones.

Y en verdad que no es esto lo que Mr. Chevalier se halla encargado de enseñar. En él reconocemos dos hombres distintos. Uno grande, fuerte y que ya goza de merecida celebridad; tal es el publicista habituado á la lucha, y cuyo talento jamás brilla tanto como en la discusión: el otro nacido ayer, y poco acostumbrado aun al silencio de la cátedra y al influjo de las miradas fijas de mil oyentes que le escuchan con atención; tal es el profesor. Una de dos: ó los antiguos hábitos del publicista han triunfado sobre la inesperiencia del profesor, y he aquí porque hemos escuchado un artículo de crítica social en vez de una lección de economía política; ó bien ha conocido tan perfectamente de antemano el influjo de las miradas y la timidez que infunden, que para distraer á sus oyentes, el escritor ha creido que debía hablar á sus opiniones mas bien que á su razon. No queremos decir con esto que aspirase á lisongear las pasiones, porque tales medios son indignos de

él; mas para ganar su causa ha recurrido á un ardid del foro, ha procurado conmover.

Este medio puede ser permitido á un abogado; pero segun nuestra opinion es impropio de un profesor. Decimos segun nuestra opinion, porque no han faltado escritores que hayan alabado este uso de los recursos dramáticos en la enseñanza, y porque el *Journal des Debats* ha creido que por ello debia dar á su redactor Mr. Chevalier el título de cantor de la economía política.

Si no respetásemos los grados universitarios del docto inventor de esta chistosa calificación, le repetiríamos lo que antes hemos dicho, que la economía política es una ciencia y no un arte; una ciencia de raciocinio y no un arte de imaginacion. En economía política no hay poesía, ni poeta; solo hay leyes y nada mas.

En cuanto al otro título de *oráculo escuchado y de práctico infalible* que el *Journal des Debats* da á Mr. Chevalier, encierra tanto de ridículo, que no dudamos rehusará aceptarlo. Porque sabe muy bien que en aplicacion nadie es infalible, y que no hay operacion, por bien combinada que esté, que no pueda fallar y echarse á perder por mil circunstancias imposibles de prever.

Pero tranquílcese Mr. Chevalier. Si no es el cantor ni el oráculo de la economía política, tiene sin embargo abierta ante sí una bella carrera, en la que puede prestar útiles servicios á la ciencia y á su pais. Emplee su talento, del que tan aventajadas pruebas nos ha dado, en demostrar las verdades económicas; aplique su facundia y su lógica á combatir el error, á luchar contra los intereses egoistas que le propagan y defienden oscureciendo aquella, y entonces se grangeará el general aprecio. No hará olvidar á sus predecesores, porque esto es imposible; pero hará menos sensible su pérdida. — *Ad. Blaise.* — *JOURNAL DES ECONOMISTES.* — Janvier 1842.

*A. R. de C.*

## LA PLEGARIA.

Triste es la noche y de tinieblas llena;  
Silba el viento y derroca furibundo;  
Muestra un mar cada nube; el cielo truena,  
Y el rayo abrasador aterra el mundo.

## LICEO VALENCIANO.

231

Impávido un mancebo cruza en tanto  
 Solitario los montes con presteza:  
 Arriba á su alma apenas el espanto,  
 Y el trueno ya amenaza su cabeza.

Róbanle, al fin, las sombras el camino  
 Cuando su furia el uracan acrece.  
 Ni un rayo halla de luz el peregrino,  
 Ni un rayo de esperanza ante él parece.

No sabe á quién rogar: perdido, errante,  
 Llegar creyendo su postre momento,  
 Mil ideas le asaltan al instante,  
 Imágenes confusas de tormento.

Trémulo allí, caido por el suelo,  
 Sobre él la lluvia y el granizo siente;  
 Y al soltar el relámpago su vuelo  
 Ve mil espectros amagar su frente.

Mas ve tambien que sobre peña ruda  
 Una cruz magestuosa se levanta,  
 Y su alma se commueve, gime, duda,  
 Y al pie se arroja de la enseña santa.

Otra vez el relámpago ilumina  
 La horrible tempestad, y ve de hinojos  
 Un jóven que su frente al suelo inclina,  
 Y ardiente dice sin alzar los ojos.

¡Ah! perdon, perdon Dios mio;  
 Ten el rayo vengador....  
 Yo tu poder reconozco  
 Y te pido compasion.  
 Tus iras merezco, sí;  
 ¡Misericordia, gran Dios!  
 Olvida ya las blasfemias  
 Que mi boca te lanzó;  
 Olvida el orgullo imbécil,  
 La soberbia presuncion  
 Que rebeló á mi alma altiva  
 Contra su mismo Hacedor.

## LICEO VALENCIANO.

Derrama solo amargura  
 En mi frio corazon,  
 Y tan grave cual mi crimen  
 Sea tambien mi dolor.

Sufra mi alma los tormentos,  
 Las lágrimas de espiacion,  
 Y supla tu gran clemencia  
 Lo que falta á mi fervor.

Sí, por tu Madre querida  
 Perdon demanda mi voz....  
 ¡Ah! Vírgen bella del cielo,  
 Madre de tu Criador,

No rechaces á un culpado  
 Que implora tu proteccion:  
 Piedad, Señora, piedad,  
 De mi orgullo y de mi error.

Perdona si en tanto tiempo  
 No os dirigí una oracion,  
 Perdóname si apartado  
 Viví hasta ahora de vos,

Perdóname si dudé....  
 ¡Ah, Señora, compasion!  
 Aquí ante el Dios de mi infancia  
 Otra vez rendido estoy,

Ansiando que la amargura  
 Destroze mi corazon,  
 Para espiar los delitos  
 Que mi altivez cometió:

Y en sacro ardor inflamada  
 Sintiendo mi alma por vos,  
 »Madre mia" os llamar pueda  
 Y adorar á mi Hacedor.

Calla el mancebo, y con dolor ferviente  
 Allí está inmóvil aun ante la cruz;  
 Mientras brillar la aurora hace en su frente  
 El grato albor de su primera luz.

Y las aves, pasada la tormenta,  
 Al dia entonan su primer cantar;  
 Y la mojada yerba ufana ostenta  
 Su verdura y sus perlas á la par.

Y en plácida oración enardecida  
 El alma fervorosa del doncel,  
 Siente ya comenzar su nueva vida  
 De acato á Dios y de placer para él.

*José Herrero y Ruiz.*

### CRÓNICA GENERAL.

Dijimos en nuestra crónica anterior que la falta de espacio no nos permitia hacer el análisis de la comedia que bajo el título *A lo que espone un marido* ha sido puesta en escena el 5 del pasado Abril. Tampoco podemos hacerle ahora tan cumplido como deseamos, porque es tanto su mérito literario, tantos los diálogos dignos de ser citados, que necesitaríamos todas las páginas de este periódico si hubiéramos de darles su merecido lugar. Redúcese el argumento del drama que nos ocupa á poner de manifiesto todos los riesgos á que se halla expuesta una muger cuando olvidado su esposo del lazo que á ella le une, le falta á las consideraciones y respetos que le son debidos, y la empuja con su conducta diaria, la infidelidad y el abandono.

Cualquiera que no haya leido ó visto la comedia creerá sin duda, al ver la sencillez con que hemos descrito su objeto, que parecida en su forma á las lindas piezas con que enriquece nuestra escena el fecundo Breton de los Herreros, no es sino la representación de otro de los muchos cuadros ridículos que nos ofrece la sociedad y que acaban por hacernos reír en el teatro. La comedia del señor Ferrer se aparta muchísimo de todas las que llevan este título, y sin dejar de pertenecer á su género las sobrepuja, en nuestro concepto, de gran distancia. Filosófico y profundo el pensamiento del autor cuya obra analizamos, no ha querido que fuese un objeto de risa pública lo que es un semillero de lágrimas y de infortunios en las familias, y sin dejar de ser agudo en las escenas que así lo requerian, ha sabido ser terrible en las restantes, y hacer en su todo una impresión profunda e indeleble en el corazón de los espectadores. Ni hubiera sido acertado tratar de otra manera su argumento: las disensiones de los matrimonios son sobrado trascendentales para ser tratadas ridícula y superficialmente. Si el colorido que ha sabido dar al fondo de su composición nuestro poeta es el que mas se acomodaba á su plan, el desarrollo de este ha sido el mas feliz y sorprendente, el mas natural y dramático. Conocidos los caracteres de todos los personajes desde las primeras escenas, véseles caminar hacia su objeto sin retroceder un paso, y cada final de acto viene á ser una pincelada maestra que completa el cuadro que en él se nos ha presentado. Virtuosa y constante Doña María desde los primeros versos,

ladino y orgulloso el barón, friamente cobarde y abyecto D. Miguel, fascinado y necio D. Carlos, taimada Doña Agustina, severo D. Antonio, y sagaz y perversa Doña Eufemia, ninguno de todos los interlocutores pierde ni ameanga su fisonomía, y todos contribuyen al mayor interés de la comedia.

No es esto sin embargo, ni la naturalidad del diálogo, ni la fluidez de la versificación, lo que mas acredita á nuestro jóven amigo de excelente poeta, cómico y filósofo esperimentado. El mayor mérito, el mérito incomparable del drama del señor Ferrer es la delicadeza y acierto con que ha sabido presentarnos en escena todos los trámites de una seducción sin ofender el decoro, ni ruborizar á los espectadores. Solos los hombres privilegiados que á un conocimiento íntimo del corazón humano adunan un conocimiento íntimo de la sociedad, solos estos hombres pueden llevar á cabo lo que el señor Ferrer. Nosotros cederíamos con gusto la mejor de todas nuestras producciones, haríamos con placer una formal renuncia de todos los aplausos con que el público nos ha halagado mas de una vez, á trueque de ser tenidos por el autor de *A lo que espone un marido*.

No importa que la comedia de que hablamos haya pasado sin grandes aclamaciones ni alabanzas, no importa que su triunfo haya sido suave y apacible, porque ella tornará á pasar y alcanzará nuevos triunfos, y gozará de una vida larga y gloriosa como todas las producciones de ingenios sobresalientes. Tampoco importa que al través de sus grandes y numerosas bellezas se descubran algunos pequeños lunares, porque estos lunares desaparecerán por medio de la corrección, á la que ni se ha negado ni es posible que se niegue la conocida modestia de su distinguido autor. Sin aguardar á entonces la comedia de nuestro amigo, nos atrevemos á decirlo, es y debe ser considerada ya, no obstante sus defectos, como otra de las mejores de las escritas en nuestro siglo. Alienante, pues, el autor con tan brillante ensayo, y apresúrese á enriquecer nuestro teatro con nuevas obras tan dignas de loa y admiración como la primera. Nosotros entretanto, para dar una muestra del mérito de la que nos ocupa, vamos á trasladar á continuación cualquiera de sus diálogos, seguros de que aunque le escojamos á la aventura, le escogeremos fluido y dramático, fácil y digno de imitación. = P. S.

*Escena 2.º del acto 3.º*

BARÓN.

No se alimenta el amor  
Con ese lloro y dolor  
Que consumen vanamente.  
Amor, es planta que crece  
A la sombra de un recelo,  
De una duda, de un desvelo  
Que la incertidumbre ofrece.  
Cual mata al pez libre viento

Y el agua sin movimiento  
Se malea y se pervierte,  
Tal de amor cierta es la muerte  
Si de rival se halla esento.

Hermosa sois y discreta....  
Harto os dije.... meditad.

MARÍA.

¡Cielos! ¡qué perversidad!

BARON (*d parte.*)      Cuando en vos mi dicha estriba....  
 Mal le ha sentado la treta....      No puede ser....  
 ¿Nada respondeis, María?      MARÍA.  
 ¿O distraída no oís?      Pues será....  
 MARÍA.      BARON.  
 Oigo bien lo que decís      No María, no os ireis.  
 Pero responder temia....      MARÍA.  
 BARON.      ¿Y quién me lo impedirá?  
 ¿Por qué temor? no comprendo.      BARON.  
 MARÍA.      Tranquilizaos, María,  
 Porque soy muy necia yo      Deponed el ceño airado.  
 Y mi pecho no admitió      MARÍA.  
 Lo que ibais proponiendo.      Mucho me habeis enojado.  
 BARON.      BARON.  
 ¿Me negareis su poder?      ¡Que así trateis tan impía  
 MARÍA.      Mi cariño y mi se pura!  
 No le niego, le condeno,      MARÍA.  
 Que al interés ponen freno      Soy de D. Carlos esposa....  
 Las leyes de mi deber.      BARON.  
 BARON.      Mas tambien rival odiosa  
 De vuestro deber, señora!      Humilla vuestra hermosura.  
 Y el de Carlos, roto ya      Ella luce ricas galas,  
 ¿Cómo obligaros podrá?      Vos miserable vestís,  
 MARÍA.      Miserio cuarto vivís  
 Y ella habita regias salas.  
 María, hermosa María,      . . . . .  
 Vos buscais vuestra agonía.      Sacudid ese vil yugo,  
 Vos honrais á quien no os honra.      Salid del abatimiento,  
 Ciega estais en vuestro daño....      Sienta vuestro noble aliento  
 Ciega estais para mi amor....      Quien fue tirano y verdugo.  
 MARÍA.      Mis carrozas, mis criados,  
 Respetad baron....      Mis haciendas.... mi nobleza,  
 BARON.      Son tuyos, que tu belleza  
 Fue error....      Basta sola á mis cuidados.  
 MARÍA.      Tu amor te pido, no mas;  
 ¿Qué mi corazón desmiente?      Sea mia esa beldad,  
 Os amo, María, sí,      Y serás mi voluntad,  
 La voluntad os rendí....      Mi Dios.... mi todo serás.  
 MARÍA.      MARÍA.  
 Callad, callad imprudente.      Basta... no mas de amor, de amor  
 BARON.      que infama,  
 Sois María muy esquiva.      Con oirle, baron. ¿Yo vuestra da-  
 MARÍA.      ma?....  
 Callad, digo, ó me retiro.      Indigna, baja accion en caballero  
 BARON.      Hicisteis, y á mi honor gran des-  
 ¡Callar! cuando hermosa os miro,      afuero.

## CRÓNICA DEL LICEO.

Prosiguiendo en nuestra tarea de hablar de los trabajos artísticos y literarios del Liceo, trataremos hoy de aquellos que dejamos pendientes en el número anterior, además de los que han sido objeto de sus ocupaciones en el presente mes. No seguiremos para ello el orden cronológico de los hechos, porque no queremos que los asuntos literarios y científicos queden postergados á los de las sesiones públicas y ordinarias en que lucen principalmente la declamación y la música, como ha sucedido otras veces, dando en esto un pretesto para que muchos abriguen la equivocada idea de que en el Liceo una vez establecido el teatro ha perdido su importancia todo lo que no sea escena y representación. No; el Liceo conserva su carácter primitivo; el haber ensanchado sus límites, el haber acrecentado su vitalidad, no es haberse estinguido aquel entusiasmo científico y literario que le diera la vida y la existencia. Y sino ahí están las cátedras que sostiene, ahí está el periódico que publica, la biblioteca que ha abierto, y los trabajos de las secciones de ciencias y de literatura de que vamos á ocuparnos luego; y después de haber parado la atención en todos estos objetos digresos de buena fe si el amante de las ciencias, el amigo de las musas ha dejado de ocupar en esta corporación el distinguido lugar que le corresponde al lado de los filarmónicos y de los mas entusiastas del teatro. Hemos hecho esta digresión porque no queremos autorizar con nuestro silencio tan funesta idea, y para dar á conocer á los que aun lo ignoran, que en el Liceo de Valencia no progresan unos ramos á expensas de otros; que todo en él crece, prospera y se multiplica, y que todavía se conserva viva y se conservará por mucho tiempo aquella saludable máxima de Horacio *utile dulci* que movió á los socios que tuvieron la feliz inspiración de crear este instituto, y que tan buena aplicación han sabido hacer de ella. Principiemos, pues, nuestra crónica por indicar al menos los principales asuntos que se han tratado en las secciones de ciencias y de literatura.

Hanse presentado en la primera de estas secciones tres composiciones científicas; una del señor Aparisi sobre la guerra de Granada; otra del señor Blasco sobre las piedras litográficas, y la tercera, en fin, del señor Azofra, versa acerca de la enseñanza del dibujo. Sobre esta última, después de leída por su autor, abrióse discusión, en la que tomaron parte los señores Azofra, Vicente, Gisbert y Ripalda; pero como todos estos señores socios convinieron en el principio sentado en la memoria, no haciendo por lo mismo mas que ampliar el asunto y lamentarse del vicioso método que se sigue en nuestros establecimientos, por el cual se pretende sacar buenos dibujantes sin los principios necesarios, y solo ejecutando algunas copias de buenos modelos, nuestros lectores nos dispensarán que no trascribamos sus discursos y que les remitamos en un todo á la mencionada memoria inserta al principio de este nú-

mero, en donde podrán ver los principales argumentos sobre que giró la discusion. Terminada ésta, el señor conde de Ripalda propuso á la seccion que adopte la idea de dar en las escuelas de enseñanza primaria á los que no se dedican al dibujo algunas noticias generales de este, á fin de que los alumnos puedan entender ó leer al menos los cuadros, mapas y demás dibujos que pueden contener las obras que les sea preciso consultar, de lo que resultará mas completa la primera educación. La seccion no solo aceptó el pensamiento del señor conde, sino que procuró además que este tuyera la mas pronta y cabal aplicacion en la escuela de adultos instituida en el Liceo, manifestando al mismo tiempo los mas ardientes deseos de que se estienda este método á todas las escuelas del reino. Dentro de muy pocos dias va á ponerse á discusion la siguiente proposicion del señor Azofra, de que daremos cuenta á nuestros lectores. „La enseñanza pública primaria debe ser forzosa y gratuita, y la superior voluntaria y costeada por los que la reciban.”

Tambien han sido muy frecuentes las reuniones en la sesion de literatura, é interesantes los asuntos en que se ha ocupado. Propúsose que una comision estendiese su dictámen sobre el mérito literario de algunas composiciones de nuestros mas distinguidos literatos; tocóle á la oda al 2 de Mayo del señor Gallego, y abrióse discusion sobre la misma. Varios fueron los socios que usaron de la palabra, y elocuentes los discursos que ya en pro ya en contra del dictámen pronunciaron los señores Aparisi, Juanes, Sabater, Sunyé y Vicente. Como nos sea de todo punto imposible trasladarlos aquí, nos limitaremos á decir que la oda del señor Gallego fue juzgada, bajo todos sus aspectos, en su plan, en su objeto y en su desempeño, y que la discusion tiene trazas de seguir aun algunas sesiones. Por otra parte se han leido en la seccion dos composiciones dramáticas del señor Aparisi, de cuyo mérito literario tal vez nos haremos cargo otro dia; mientras que algunos socios de la misma, entre los cuales deben contarse particularmente los señores Herrero, Aparisi, Ronda, Almela, García-Cadena y Vicente, contribuyen con sus bellas poesías á dar mas brillo y variedad á las sesiones ordinarias. Hecha esta ligera reseña de la sesion de ciencias y literatura, pasaremos á tratar de la última sesion pública egecutada en el teatro del Liceo, antes de hacer mérito de las sesiones ordinarias de este mes.

Anunciamos en el número anterior que se estaba preparando para la noche del 9 una de las mas brillantes funciones que se habian dado en el Liceo, y no nos equivocamos al expresarnos así en el periódico. La sesion fue de lo mas brillante que se ha conocido: brillante por lo escogido de las piezas que se egecutaron; brillante por su variedad; brillante por su mas completo desempeño; brillante por el lujoso esmero con que se pusieron en escena y brillante en fin por la escogida concurrencia que asistió aquella noche á honrar con su presencia los trabajos y adelantos de la seccion de música y de declamacion. La funcion dió principio por una sinfonía muy bien tocada á toda orquesta, á la que siguió el drama en dos actos *Napoleón lo manda*, hábilmente desempeñado por los individuos que tomaron parte en el mismo, en

terminos de merecer los mas repetidos aplausos. La señorita Doña Dolores Berrio acreditó muchas mas facultades que las manifestadas hasta ahora en los papeles que se le habian confiado, revelándonos al mismo tiempo los notables progresos que hace cada dia en el difícil arte de representar: el señor Ségura ejecutó su parte con la maestría que acostumbra: el señor Ronda (D. Jacinto) dibujó el papel de veterano, recibiendo por ello del público, que atentamente le escuchaba, las mas señaladas muestras de aprobacion; al punto que los señores Ronda (D. Tomás), Dolz y Zanqui, Ferrer y Viñerta, García-Cadena y Blasco se esmeraron tanto en los suyos que el drama consiguió el mas completo y feliz éxito. Acto continuo se puso en escena el acto tercero de la ópera *Il Tasso*, que cantó D. Fernando Cortés y corearon los demás individuos de la sección. El público quedó muy satisfecho del resultado que obtuvo esta pieza, tanto por parte del papel principal como por parte de los coros y de la escena, que estuvo elegantemente vestida y servida; y todos admiraron en el señor Cortés su inteligencia en el canto y su maestría en la escena, dotes sin los cuales no le hubiera sido fácil llevar á cabo una partitura que siempre fue reputada por los inteligentes como pieza de prueba de barítonos y de actores.

Gomenzó la segunda parte por otra sinfonía, y siguióla el hermoso duo de la ópera *Eran due or sono tre*, desempeñado por los socios D. Juan Pujals y D. Fernando de Ureta. Este duo, que sin duda es la mejor pieza que tiene la citada ópera, y que por sí solo bastaría á sostenerla, aunque no tuviera otra cosa buena, hizo furor en el Liceo: bien es verdad que los mas hábiles artistas no hubieran conseguido desempeñarlo mejor que lo verificaron los señores Ureta y Pujals, tan ventajosamente conocidos del público que asiste á las sesiones del Liceo. Esta última circunstancia nos dispeñsa de referir una porción de particularidades que notamos en la ejecución de este duo. A seguida la señorita Doña Francisca de Paula Aceña se presentó á cantar una aria coreada de la ópera *Fausta*. No nos atrevemos hablar de su ejecución, somos demasiado profanos para poner la mano sobre una cosa tan sagrada como es el canto en boca de esta señorita: así, pues, nos remitimos al juicio del público que la oí con tanta emoción y con tan marcado placer. Solo diremos que muy pocos cantantes igualan en inspiración y entusiasmo á la señorita Aceña, y que no son muchos los que poseen en tan alto grado la facultad de conmover y afectar á los espectadores. Terminóse agradablemente la función por el coro llamado de los *Tridngulos* de la ópera *Angélica*, seguida de la escena y terceto de la misma ópera, que ejecutaron la socia Doña Benita Marqués y los socios D. Andrés Eduardo Blasco y D. Fernando de Ureta. Todo fue agradable en esta parte de la función; el coro que precede al terceto es una música alegre y festiva, la mas adecuada al argumento, y la combinación de las diferentes voces que cantan en él es tal, que resulta un todo lleno de armonía y de dulzura que deleita el alma y alegra el corazón; y como por otra parte estuvo tan bien desempeñado por los individuos de la sección, y particularmente por las alumnas de la aca-

demia, causó el efecto que debía producir segun la mente del autor. El terceto es cortito, pero hermoso, de mucha melodía, y coreado inteligentemente como está, sorprende agradablemente. En cuanto á su desempeño bastará decir que lo cantaron los socios Ureta y Blasco, que tan buena opinion han alcanzado á merecer del Liceo por sus conocimientos musicales, y por la socia Doña Benita Marqués, que canta como un ángel; y aunque esta sea la primera vez que se ha presentado en la escena, la propiedad y la naturalidad de su acción nos han hecho desear muchas ocasiones de aplaudirla como lo hicimos aquella noche. Felicitemosla, pues, por tan feliz éxito; felicitemos al señor Valero por la gloria que le cabe como autor de esta brillante partitura y por su acertada dirección en todas las demás piezas que se cantaron. Felicitemos al señor Duclós como director de escena digno de reemplazar al señor Mateu, y felicitemos por fin al señor Manglano que nos supo presentar una hermosa decoracion de jardín iluminado de un gusto y estructura muy originales.

Las sesiones ordinarias de este mes han estado tambien muy brillantes y cual nunca concurridas, particularmente de señoritas. Todo lo mas notable, mas bello y elegante de esta preciosa mitad de la especie humana se reune en el Liceo, siendo muy crecido el número de las que nos honran aprestándose á inscribirse como socias. Las señoritas Doña Pilar Oráa, Doña Luisa Dupuy y Doña Manuela Auban han tocado al piano varias piezas del mayor gusto y con la maestría que tienen acreditada, rivalizando con los socios D. Jorge Francés, D. Juan Cerrillo y D. N. Cardona. Tambien hemos tenido el gusto de ver arrancar nuevos aplausos á las señoritas Doña Benita Marqués, Doña Francisca Aceña, Doña Celina Sthanley, y á los señores Soriano, Mascarós y Montés que las han secundado en el canto. Tampoco olvidaremos en esta rápida reseña á los señores socios y socias de la sección de declamacion, á quienes con tanto placer hemos estado escuchando en las dos últimas sesiones. En la del 23 vimos hacer una escena del *Oscar* á los señores Duclós y Ronda (D. Jacinto), y otra del *Trovador* á la socia de mérito Doña Teresa Buvier, D. Tomás Ronda y al mismo señor Duclós. Ambas escenas se ejecutaron improvisadamente y sin preparacion alguna anterior, solo por complacer al Liceo, mas no por esto dejó de corresponder el éxito al gran concepto artístico que tienen merecido los socios que las desempeñaron. Pero lo que nos sorprendió admirablemente fue el ver presentarse por primera vez en la escena á la señora Buvier y desplegar en ella las mas sobresalientes facultades; consiguió en un instante conmover al público y disponerle todo á su favor. Como dentro de muy poco va á tener el Liceo el honor de verla ejecutar una de las mas difíciles comedias, no queremos anticipar nuestro favorable juicio, seguros de lo aventajado que le formarán los que tengan la dicha de oirla. Entretanto damos el mas cordial parabien al Liceo por la adquisicion de una socia de la amabilidad y talento de la señora Buvier.

En la del 30 púsose en escena la comedia en un acto titulada *La*

*Novia colérica*, que fue muy bien desempeñada y estraordinariamente aplaudida. La señorita Doña Juana Vivas, á quien el Liceo tenia ya muchas ganas de oír, dejó completamente satisfechos nuestros deseos y cumplidas nuestras mas lisonjeras esperanzas. Los elogios que ya en otras ocasiones hemos tributado á su talento y á sus vastos conocimientos dramáticos, aunque hayan parecido á los que no la conocen como nosotros algun tanto exagerados, no bastan de mucho á dar una idea de su mérito. De muy buena gana citaríamos aquí las escenas que mas la acreditaron de una eminente artista, pero nos falta espacio para ello. Tambien la socia Doña Joaquina Puchalt estuvo feliz y comprendió muy bien el papel que desempeñaba, sacando de él todo el partido posible. El señor Guerola trabajó con mucho gusto y conocimiento, y los señores Orga y Ronda (D. Tomás) confirmaron en la ejecución de esta pieza la buena opinion que ha mucho tiempo disfrutan. Y para que no faltase nada á la sesión, para que todo fuese en ella brillantez y luces, la socia Doña Benita Marqués y el señor Pujals cantaron un hermoso duo de la *Escaranucha*, y la señorita Doña Francisca Aceña, una preciosa aria, con la gracia, afinacion y gusto que les caracterizan, haciéndonos sentir consecutivamente las dulzuras y agradables emociones de la música jocosa, con la sublime ternura y celestiales encantos de la música seria. Ambas piezas fueron celebradas por el público con las mas señaladas muestras de aprobacion y de entusiasmo. Tampoco debemos pasar por alto las brillantes variaciones que tocaron al piano los socios D. Jorge Frances y D. Eduardo Gimenez, y la escena del *Oscár* que, á peticion de varios socios, repitieron los señores Duclós y Ronda. Recordaremos tambien que la socia Doña Antonia Marqués, á quien no hemos oido tocar en todo este tiempo, acompaña á su hermana en todas las piezas que canta, con el tino y perfeccion de una profesora. — Concluiremos manifestando al Liceo que dentro de muy pocos dias va á tener la satisfaccion de oír á la señorita de Soto-Ameno y á la señorita Alcaráz, de cuyos conocimientos en la música se ha visto privado tanto tiempo hace, muy á pesar suyo, por la sensible indisposicion de la primera y la prolongada ausencia de la segunda de estas dos amables socias.

El sábado 7 del próximo mes se verificará la sesión pública que tiene acordada el Liceo, que creemos será digna del mismo. Se pondrá en escena, con todo su aparato, la segunda *Dama duende*: se cantará tambien en escena un duo de tiple y bajo de la ópera *Ana Bolena*; y y se terminará con un aria coreada de la *Gema*.

